Ramiro Guzman

PROSAS ESCOGIDAS

ISBN: 978-9974-91-689-0

Dibujo de portada: Íñigo Muguerza.

1ª edición, junio 2017.
2ª edición, diciembre 2019.

Impreso en Uruguay

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mi madre Rosa y mis tías Iris,
Virginia y Gabriela.

A mi padre Leonardo.

A mis tíos Bolívar y Cirilo.

A mi hijo, Agustín.

Gracias por tanto amor.

EL ORIGEN DEL SONIDO (IMÁGENES FURTIVAS)

Empecemos con cómo las cosas fueron vistas, concebidas por Dios Creador I, antes que la mañana y la noche, la dimensión, el fuego de las estrellas. Hubo un llanto sin causa de una precreatura que se hizo materia. Antes que empezara esta eternidad. Y ahí el primer ruido, un chasquido que hizo fuego cuando se acercaron de más la vida y la muerte. Del ritmo de un corazón nació el ritmo estelar. Y todo es música. Música la poesía que no se resigna en el alma. Música el golpe del obrero y el grito al morir y música en una tribuna y en el llanto del bebé. Y en tu guitarra, amigo, música en tu guitarra, y música en la visión de una pared. El ritmo del vuelo; canciones de brujos indios sonando en la montaña; puente hacia todo lo que quiero mientras pasa el tiempo. Ojalá se dé mi esperanza en el aire que está siendo protegido por Dios, en el futuro, girar de astros que ya pasó, ensayo de salvarnos. Es que yo hoy tengo que dar más de mí. Estoy bailando con un rostro ausente, estoy confiando en el querer. Igual que cuando el sonido empezó, para crear a alguien que escuchara. Ésta es nuestra danza, a nosotros la dedico.

LA EXPERIENCIA DE UNA VELA

La vela grande y chica hablaba con la chica y grande.

- Para mañana anunciaron apagón por esta zona - dijo la vela grande de edad y chica de tamaño.

- ¿Y a nosotras, qué nos importa?

-Nos importa mucho hija querida - repuso la otra.

-¿Y por qué? - preguntó incrédula la joven.

-Porque cuando hay apagón los hombres no ven y cuando no ven prenden fuego nuestras cabezas para ver - dijo la otra.

-Entonces en invierno debe ser muy lindo que haya apagón - dijo alegrándose la de corta edad.

-No, porque también arde nuestro cuerpo y poco a poco nos vamos achicando hasta morir.

-¡¿Entonces cuando usted era joven también era alta como yo?!

-Sí mi querida. ¿Ves, cuán terrible es que haya apagón?

No obtuvo respuesta. Ambas se quedaron en silencio, una esperando empezar a envejecer y la otra esperando la muerte.

DON BOLI Y EL CIELO

El estallido verde de la uva tuvo para el viejo la vitalidad del germinar del trigo. Era el poniente y ya algunas nubes enrojecían. Llevó otra uva a su boca. Las callejuelas de tierra resplandecían sus tiempos de camionero, con la vida como un bolero sin compás, aquellos arranques negros como una mirada en la noche, aquella juventud de agua fría y hermanos que se iban a dialogar con Dios y nunca volvían. El hombre frunce el ceño. Pero lo frunce tranquilamente, quizá para ver pese a los rayos de sol, cada vez más horizontales. El nieto vuelve a pasar con su bicicleta, haciendo polvareda. Es el mayor de unos cuantos nietos, y el hombre íntimamente, aunque jamás lo confesaría, lo prefiere.

"A su edad yo andaba cosiendo pelotas, en el altillo de la casa de mi padre", piensa. Su padre no lo había querido bien, y lo había echado de casa varias veces. También lo habían echado de siete colegios, sin exagerar. Una vez había apostado con un amigo a cuál echarían primero, y viendo que el otro había hecho una travesura grave, no vaciló en tirar un manzanazo a la directora. Por eso el mirar de don Boli tenía tanto de noche: la soledad ennegrece a los hombres cetrinos. Venían llegando las estrellas, como ventanas. Don Boli había abandonado el tarro con uvas y acariciaba al Golfo, un perro viejo, manchado, blanco y negro. Él también estaba llegando. Ya no salía tras los caballos a recorrer el campo; se quedaba en los aledaños de la casa, mirando jugar a los niños, moviendo la cola al lechero, pidiendo caricias con el ojo

blanco. Tenía un ojo blanco. Cualquiera habría pensado que no veía por ese ojo, pero don Boli había comprobado que eso no era cierto.

Ahora el viejo mira las estrellas. Tantas veces había querido meterse en alguna e irse, como nadando, hasta nunca más. Las estrellas tienen mujeres imposibles, amigos inolvidables, y un largo debe con nosotros. Y tienen en su haber que nos ayudan a creer en un orden cósmico que repare las ausencias. “Menos mal que las constelaciones no se compran”, se dijo con ironía. Él está viejo para esos hombres que querían ir tan rápido. Y eso que es bien despierto todavía, y la vida lo ha hecho fluir en los negocios. “Cosechar es tan arduo como sembrar”, me explicó una vez. El cielo ya estaba repleto de luces, como nunca lo vemos en la ciudad. El viejo ansió su botellita de vino, premio que mantiene hasta éstas, sus últimas jornadas de trabajo. Pero estaba como herido de añoranza así que prefirió dejar esperando a su mujer, y gritó a su nieto:

-Vete a tu casa que ya está oscuro.

-¿Y tú, Cocola?

-Yo no le doy explicaciones a nadie. Y menos a ti. Lo único que me faltaba.

Así, el nieto partió dejando a su abuelo con un cielo que tintineaba melodías, un campo que era una vasta negrura y un horizonte que no se veía, como en la juventud. Se oían pájaros. El viejo se los sabía, pero no tenía ganas de distinguirlos, como tampoco distinguió demasiado los ladridos de una jauría vecina. Sintió la quietud como una metáfora de movimiento. Respiró hondo el prana de la luna, sus cráteres que están dentro de cada uno de nosotros, su luz, jardín de plantas imaginarias. Se escuchó un ruido de motor. Seguramente alguno de sus

hijos iba rumbo al pueblo. El pueblo que se había convertido en ciudad. El viejo levantó los codos, que había apoyado en armazón metálico inútil ya. Empezó a caminar despacito. Sintió el olor a alfalfa y algún mugido lo hizo sonreír. Siguió a paso lento. El cielo lo miraba.

Llega a su casa cansado, de pantalón y tiradores, y se sienta a la mesa a esperar a su mujer y a un sobrino, que soy yo. Lo saludo, pronto para escuchar "siéntate derecho, hombre". Me siento lo más derecho posible, pero, íntimamente, creo estar torcidísimo. Él empieza con su vino y yo con un buen jugo de naranjas. Me mira. Es difícil ser mirado así. Escruta mudo unos segundos. Luego sonríe.

-Y ¿fuiste donde la Viviana hoy?

-Sí.

-Es buena moza.

Me río, y ya calmo, empiezo a devorar la cazuela de pollo que trajo mi tía. Viviana es la hija del camionero, pero como trabaja en una farmacia, parece una muchacha de la ciudad, por su manera de vestirse y caminar. Según vaya uno a saber qué, don Boli me prohíbe o me incita a verla. El tiempo hará viscoso todo esto.

En el cuarto de don Boli hay una foto en que estamos él y yo, la noche en que se casó uno de mis primos. Estamos trajeados y mi mirada está como alunada, como buscando un porqué firme para estar lejos de casa. Algo más tangible que la imposibilidad. Yo no tengo hermanos muertos. Pero mi adolescencia no ha sido de las fáciles. Por eso don Boli me respeta, y por eso también, me rezonga arbitrariamente todo el tiempo. Me pasea en su jeep entre la remolacha y cuando me ve cara de abombado me hace bajar a abrir las puertas de los alambrados.

Yo también añoro. A veces, al mediodía, los días de fiesta me encierro en el baño y entre las revistas frívolas, me pongo a llorar. Don Boli lo sabe. Pero no me lo dice, salvo alguna noche especial en que vamos a cenar juntos a la ciudad.

En esas ocasiones suele emborracharse y cantar, con la voz desafinada de un pájaro gaucho, la espalda ancha recostada en una sillita, los ojos fijos en la camarera.

-La vida hay que beberla sorbo a sorbo –me explica.

Y uno y otro amigo que pasan son motivo para brindar. Pero él los hace circular rápido para que yo entienda que quiere estar a solas conmigo. Creo que lo hace para hacerme sentir que tengo una intimidad interesante.

Hablando con él, a veces, yo también me desenfreno. Me río largo o insulto, como en el fútbol. Él me lo tolera. Soy la persona que más le toma el pelo, pero sólo cuando él lo permite.

-La vida es lisa como este mantel, y sus crestas se alisan con los años.

Él no creía mucho lo que me estaba diciendo: no eran horas de demasiada certidumbre.

El viejo y su constelación. Sus arañas en el cielo, cuidándolo, mordiéndolo… Don Boli camina por un camino de tierra. Están las cosas del hombre peleando por hacer gárgaras, en su pecho. Un día nos reencontraremos. Habrá pasado el tiempo.

UNA PIEDRA QUE YO CONOCÍ

Hay gatos. Dan baladas. Estoy en la cocina, preparando una chocolatada. Alguien a quien amo coloca flores en la cafetera y sale con ellas hacia el estar. Reparo en un repasador verde, que tiene dos gatos dibujados. Me hace acordar a Obdulio. Siento nostalgia.

Obdulio era mi gato. Vivía conmigo en una antigua casona de la ciudad de enfrente. Estábamos solos. Él corría de acá para allá. Para qué contar que sus ojos eran infinitos y su pelaje una fuente de canciones. Mejor recordar primero cuando Obdulio se ofendía.

Eso pasaba cuando venía mucha gente y hacía ruido. Creo que él no toleraba no ser el centro de mi atención, y si bien no era muy arisco para ser gato, tanto humano alrededor le parecía algo un poco indigno. Los hombres decimos que los animales no tienen alma. Yo quisiera saber qué opinan ellos de nosotros. Si el asunto era leve, Obdulio se echaba su meadita adentro y no en el jardín. Si la ofensa era mayor, una caquita debajo de la escalera, donde era imposible limpiar y sólo restaba echar detergente. Un día el asunto fue grave, y Obdulio hizo estallar en el suelo un frasco de remedios y desapareció por dos días. El único lugar por el que podía salir era la azotea. Yo no lo dejaba salir nunca. Tenía miedo de que algún día no volviera. Él maullaba como el desorden. Pero yo preferí soportar esos maullidos a castrarlo.

Siempre tuve la impresión de que cuando maullaba así, Obdulio se comunicaba con la luna. Con ese lugar

del vacío donde todo se vincula. Yo sabía lo que es mirar la luna desolado y lo miraba maullar en el jardín, mirando las paredes inescalables y pensaba que se estaba haciendo hombre.

Carlitos es una piedra que yo conocí, caminando con una novia por Bariloche. Igual que Obdulio, ha encontrado en la luna su gran amor y eso los une tanto que yo soñé que se conocían, en un tren hacia el cielo, siempre a punto de partir. Carlitos es una piedra de bares. Si bien vive en la entrada de una casona, su verdadero lugar son los bares. Y a veces sueña con un mundo mejor. Una noche en que yo andaba errante, hablamos largamente de esto. Los dos queríamos escapar de cierta vagancia excesiva. Y quizá ya no estábamos a tiempo. Alguien que me ama, y que está parada detrás de mí, trata de entenderme. Y yo trato de acotar los sueños largos en la vida de Carlitos. Le regalo una boina, para que su vestir sea más original, y me pregunto si sería él capaz de hilar la poética que yo persigo y aliviar un poco mis días.

Obdulio murió en un accidente. Gente insistió en castrarlo para que dejara en paz a la luna y él no soportó la anestesia. En realidad murió de tristeza. Y salió bailando para Bariloche, a proteger a Carlitos. Yo andaba contando las nubes de Montevideo y lo vi partir. Le guiñé un ojo. Sé que le dijo a Carlitos que abandonara la luna y buscase una piedra por su mismo barrio. Carlitos lo escuchó pero no le pudo hacer caso. Me vino a buscar, afligido. Yo le dije que Obdulio era un gato sabio. Pero mi propia congoja me impidió ser convincente. Y vi partir a Carlitos rumbo a la luna y compuse una canción para todo lo amado. Un ocaso. Una flecha que se clava en la muerte. Una ilusión de verdad. Los ojos de un animal amado.

LA RAMÍREZ AL GUISO
Fragmento

En el cielo angelical de Osamenta, la noche viene tormentosa. El pueblo va ascendiendo a ciudad. Los autos antiguos pasean por él, y van más rápido que antes. En el bar Pequeño, Alberto espera, mientras se enfría el café. El que atiende es un cincuentón, mal afeitado. Alberto lee el diario. Los terribles accidentes de ómnibus con turistas y el descabellado incendio en Aguas Infernales, un pueblo vecino, son las principales noticias. Piensa cómo será morir quemado. Es simplemente morir. El café se ha terminado. Él paga, y después piensa en su situación familiar: está separado y añora vivir con sus hijos y hasta vivir con su señora. Está digiriendo la soledad. Se levanta. Y piensa que Osamenta debe prepararse para una guerra civil. Que en el país está todo dado y que Osamenta no quedará afuera. La nación de Alberto es Osamenta. Es casi su apellido. Termina de anochecer. Alberto sale a correr. Saluda a algún amigo. Un hombre de unos dieciocho años pasa. Lleva un cuchillo en la mano y le hace a Alberto un gesto de que lo va a matar. Éste permanece indiferente a la amenaza, ya que amenazas así son cotidianas en estos tiempos. Estos nenes revolucionarios se sentían importantes mostrando armas y haciéndose los malitos. Si hay que morir, pues se muere. Los del gobierno paralelo creían en la justicia por sus propios medios. Y Alberto sabía que trabajar en el gobierno oficial lo volvía víctima de muchos deseos de muerte. Pero él creía en sus ángeles protectores. Hablaba

con ellos todo el tiempo y recibía sus señales de varias maneras. Ya dije que Osamenta es tierra angélica. Su cielo está al borde de Dios y va y viene hasta la muerte y trae información. Así, Alberto, cuyo aspecto con bermudas verdes y camisa a cuadros marrones no da que pensar en brujerías, adivinaba a veces algunas defunciones antes que ocurrieran. Y ahora había olor a hecatombe. Se venía la guerra. Él llegó a su casa, abrió el portón, atravesó el cuidado jardín, y entró por la puerta blanca. Miró la escalera que llevaba a su habitación y se quedó sentado, en el living.

Cuatro siglos atrás, había ocurrido una guerra como la que se venía. Alberto había leído historias noveladas sobre aquellos episodios. Las penurias de soldados y civiles en los llamados años terribles. Viejo El Nacido, un cortador de cabezas, había liderado la contienda. Una rencilla entre el Emperador y su hermano, Ley Ginebra, había sido causa de todo. Al parecer, Ley Ginebra había intentado envenenar al Emperador, que era despiadado. Claro que Ley Ginebra no era menos despiadado. Y un sorpresivo cáncer pescó a Ley Ginebra en plena lucha y se retiró a un bosque lejano y lo abandonó todo, para reflexionar y morir. Lo enterró un amigo, en la más honda soledad. Alberto había asimilado esas andanzas desventuradas como encarnación del destino. A él no le disgustaría tener un destino como el de Ley Ginebra. Un heroico abandono por la tragedia. Tomó un libro y se metió en aquellas lejanas batallas. El libro era "El alma de los Nacidos", y era un elogio de la personalidad de Viejo El Nacido reflejada en sus fieles seguidores. Viejo El Nacido había emancipado a los ciudadanos para que lucharan por Ley Ginebra. Y había impuesto el sistema de tres muertos un vivo para los prisioneros: se establecían distintas formas de competición entre los

prisioneros, en grupos de cuatro. Sólo el ganador seguía con cabeza.

Alberto prendió un cigarrillo. Estaba fumando menos. “Me cuido del cáncer para estar más sano cuando me maten en la guerra”, se dijo. Sonó el teléfono. Era la Flaca Ortiz, su novia, por así decirlo. Él en realidad seguía pensando en su ex mujer. Pero le gustaba revolcarse con su novia, y le dijo que pasara esa noche por la casa, que él compraría algo para cenar. Entonces salió a comprar unas empanadas y cerveza. Pagó y el cajero, que lo conocía y conocía su relación con el gobierno oficial, lo miró de reojo, sin disimular el odio. Era de los que creían en la sociedad de alternativa, que tenía sus impulsores principales en una legendaria banda de rock llamada Freno Advertial, que había sobrevolado otros mundos hasta llegar a éste, con toda la desazón y la furia, y desbocaba a la gente en sentimientos eufórico-legionarios, invitando a liberar el corazón. El líder de esa banda había vivido años en el nadecino Osamenta, la nadecina Osamenta, de pueblo a ciudad, olor a sangre. Ahora… ¿por qué habrían de matarlo esa noche? La intuición funesta se apoderó de Alberto. Y pensó: esta comida está envenenada. Luego se dijo que no podía perseguirse así, que eso era absurdo, y emprendió el camino de regreso, que fue tranquilo y breve. Se preparó para la Flaca Ortiz: se arregló el pelo, se acomodó el cuello de la camisa y se perfumó. La Flaca Ortiz no se hizo esperar. Llegó, vestida de amarillo, con sencillez. Sus ojos miraban fijo a Alberto, quizás con ganas de poseer. Traía un bolso. No se desprendió de él y pasaron al comedor. Ahí, calmadamente, ella sacó el revólver y mató a Alberto de seis tiros.

LA SONRISA DE CONCHA

Un día condenás a lo punzante del agua tu alma etérea que se va petrificando.

Y sin fulgor mirás que el piso lindo empieza a sonreírte cuando vos no querés ver dientes, y huís de esa dentadura tan eclipsantemente perfecta, tan parecida al lago esencial.

Como el tapiz incoloro de haberla soñado, con las orejas en el mundo y la desolación.

Como darte un beso, el soñado, el tangible, el que derrite tus rocas y amanece fisurándote, y sin embargo apreciás; lo apretás, porque en él está, como ultrauniverso, mi karma que aspira a vos, en vos todo deleite. Luego me voy con tu beso al mundo: ése que no me protege. Me enmaraño, y mi alma llora escolarmente el no haber aprendido a sonreír. Pero tu boca de cármica celeste, albórea y nauseabunda, llama, me llama, y es tu boca siempre. Y el círculo del cosmos se deshace.

TRATADO SOBRE LA MORTALIDAD DEL CANGREJO

Ahora que sólo soy una ola de mar empiezo a entenderlo todo. Es muy difícil escribir frases originales: el Universo y sus alrededores han sido escritos y reescritos ya infinitas veces. La literatura, hirviente como el sol, aspira a ser casi tan transparente como el agua; tan eterna como Dios. Es al fin y al cabo, igual que tantas cosas útiles en este mundo, un nido de hipocresías.

Los ojos de un cangrejo se me antojan mucho más sinceros y expresivos que todas mis palabras. ¿Se han fijado alguna vez en los ojos de un cangrejo? Háganlo. Verán la cara pura del instinto; el verdadero motor de la razón: un enigma salvaje que nos abastece de amor.

Los cangrejos me hacen acordar a un gaucho de origen divino que yo conocí. Era un semidiós, un brujo de todas las razas. Le decían Troi. Tenía fama de atorrante: nunca había perdido una partida de cartas. Se la pasaba jugando al pool en el boliche, o mirando mujeres en el barcito del quilombo. Tomaba mucho… vino siempre. Le encantaba el canto popular. Pasaba el día afinando la guitarra, para irrumpir luego, a eso de las tres de la mañana, con una nueva canción. Su pelo era bien largo, lacio en algunas partes, motudo en otras. Todos lo queríamos en el pueblo; le conocíamos las mañas y le seguíamos la corriente. Pero él no era un hombre normal y lo sabíamos. Bastaba verlo mirando el río para darse

cuenta. Se le caían las lágrimas y nadie sabía por qué. Recitaba bajito. Y de repente se incorporaba de un salto y se zambullía y desaparecía un par de horas abajo del agua.

"Buenas", le decía todas las mañanas al cantinero. "Buenos Días", contestaba el cantinero y el Troi siempre se enojaba: "Buenos días las pelotas. Ya te dije que tus días son mis años y tus años mis segundos". Nunca pagaba. Tampoco nunca alguien había querido cobrarle. Por ahí contaban que había sido muy rico; que había tenido mansiones en casi toda Eurasia, en América, en Oceanía, en África y en Saturno. Mucho se discutía al respecto:

-Perdió todo jugando a la ruleta.

-Todavía es millonario. No quiere que lo sepan. Se hace el que no tiene un peso…

-¡No digas pavadas! Si donó no sé cuánta plata para beneficios.

Qué hacía los días de lluvia. Ése era el gran misterio. Algunos argumentaban que él era el dios de la lluvia. Que subía al cielo y pinchaba las nubes una por una. En épocas de sequía los campesinos intentaban sobornarlo. Incluso había llegado a apedrearlo.

Una noche, mientras los primeros relámpagos cortaban el cielo, yo y dos amigos lo seguimos; queríamos ver a toda costa adónde iba. Habíamos apostado a las respuestas más insólitas. Luis estaba convencido de que se transformaría en avestruz: había leído algo así en una revista de ciencia ficción; Ricardo juraba que se reuniría con los demás dioses, para homenajear al Todopoderoso en un acto multitudinario; yo, por mi parte, era el más racional de los tres: me jugaba la cabeza a que iría a tomar café con leche en lo del Diablo.

El Troi caminó las primeras cuadras tranquilo, por las zonas más pobres del pueblo. Marchaba cabizbajo, parecía ignorar totalmente que se venía el aguacero. Canturreaba. Sacó un cigarro del bolsillo derecho. Qué raro, nunca lo habíamos sorprendido fumando. Se lo puso en la boca, y miró para atrás de golpe. Supongo que hacía rato que nos había visto. Nos llamó, cariñosamente. Sentí mucha vergüenza. "¿Tienen fuego?" nos preguntó. Luis tenía; le dio. El brujo apretó el cigarro entre los dos dedos y los dos labios.

"Shalom", dijo, mostrando la garganta, mientras dejaba escapar la primera bocanada de humo y su índice y su anular se alejaban paulatinamente de una mancha negrísima que era su cara.

Uno de nosotros le pidió una pitada. "No". Insistimos. "No, fumar es malo". Pregunté de qué marca era el cigarro. El gaucho se llevó la mano izquierda al mentón. Sus uñas sucias y largas brillaban en la oscuridad. Tosió. Pensé que haría cualquier cosa menos contestar. No fue así. "Son Coronado" me dijo.

Prrrá…

El cielo explotó. Mojadas, las calles de tierra adquieren un olor especial. Ahora el Troi se reía; tanto sonaban sus carcajadas, que no se diferenciaban de los truenos. Imposible resulta saber si estaba o no contento.

-Mi presencia aquí se torna a cada instante más efímera. Casi podría decir que ya me fui, que ya me estoy yendo. Estoy por volver, allá, con ella.

Hicimos caso omiso a estas palabras: el brujo siempre divagaba. Evidentemente este pobre hombre al que todos atribuían poderes tan mágicos era apenas un pe-

ludo infeliz. Había perdido todo encanto para nosotros. Qué desilusión; qué mojadura al pedo.

-Me clavarán mil puñales- siguió. -No se preocupen. Arrástrenme hasta el río después. Y tírenme… y tírenme.

Definitivamente el viejo estaba cada vez más loco. ¿Quién iba a apuñalarlo en el pueblo? Los únicos que se enojaban a veces con él eran los campesinos. Y con aquella lluvia… ¿de qué iban a quejarse?

Ya estábamos hartos de mojarnos. Salimos corriendo. Cuando llegué a casa y me enteré de que el techo del baño se había venido abajo, empecé a ponerme nervioso. La radio había dicho que ya eran dos las víctimas del temporal, más no sé cuántos heridos.

Mamá gritaba:

-El brujo, el brujo fue. Él es culpable. Él es el asesino.

Mi hermano puteaba; en las casas vecinas el griterío ya ahogaba la tormenta.

Al otro día el cielo amaneció despejado. “Buenas” saludó el Troi entrando en la cantina. “Buenas” le respondió el cantinero. Yo estaba en el boliche. Parecía que se estuviera filmando una película: todos los actores conocíamos el final.

No recuerdo quién lo invitó a chupar unos matecitos en el bosque. Las miradas del pueblo entero esperaban allí. Entre los árboles marrones empezaron a ensartarle ojos, gritos, puñales, balazos. Luego, cobardemente, todos huyeron: les dio pánico aquel cadáver. Quedamos solo tres: Luis, Ricardo y yo. No tuvimos valor para huir. Agarramos la mancha roja de sangre entre los tres. La empujamos animalmente hacia el costado.

Dos por tres la soltábamos, asqueados. Hasta el sol olía a podrido. Un policía nos vio, de lejos. En ninguna comisaría se confirmó el asesinato. Sin aire, y sin ganas de respirar tampoco, nos adentramos en el agua. Dimos siete pasos río adentro. Soltamos la mancha. El rojo, el rojo, el rojo en el agua. El rojo corriendo por el río, el rojo internándose en el mar, el rojo evaporándose hacia el cielo, el rojo lloviendo, el rojo besando a su mujer.

HOMENAJE A DANIEL

Yo estaba en el Estadio. Me pedí un café. El cafetero me lo sirvió: me lo tomé tranquilo, porque era un partido que recién empezaba y tampoco era tan importante. Al rato el cafetero vuelve a pasar; recuerdo: yo estaba en la Platea América porque había ido como socio de Peñarol. Lo llamo para pedir otro café. El cafetero me dice que me rellena el mismo vaso y que me cobra algo menos, y con la santa pillería -como dijeran los avivados- yo acepté, para qué ocultarlo, con lo cual tomé café gratis toda la tarde, y me dio por convidar a un amigo, que ahora es mi amigo, que en aquel entonces era un desconocido, que es Daniel Montes de Oca. La historia de Daniel Montes de Oca es una de las historias de heroísmo más impresionantes que yo he visto: más heroísmo, por supuesto, que los militares y toda esa gente que se hacen los guapos porque matan y matan en las guerras… Obvio, hay que reconocer que arriesgan sus vidas ellos también. Pero bueno, para mí, esto es más.

Daniel fue un muchacho con mucha dificultad física, mucha, muchísima debería decir, que ha ido hasta el Estadio con sus soledades, a respirar. Que estaba sentado a dos bancos de mí y yo le ofrecí un café, como tenía café infinito y así empezamos a charlar de fútbol, yo puteando al juez como lo puteo siempre, esto que lo otro y nos hicimos compinches y yo le pedí una dirección para mandarle un libro, cosa que no es un gesto tan altruista, porque a mí me encanta regalar los libros, pero uno los libros los regala mitad por la gente, que uno ama, eso

es verdad, pero también mitad por uno mismo. Y se lo mandé, recuerdo, a la calle El Chasque, allá en Los Bulevares. Y claro, yo no sabía qué eran Los Bulevares ni nada de eso; yo puse la dirección que él me dio. Después recibo una carta de agradecimiento con un teléfono. Lo llamo, lo invito a tomar algo, empezó a venir y empezamos a charlar, a compartir nuestras soledades. Yo le conté de mis pastillas y mis problemas para coordinar con la realidad. Él de sus muletas y sus dificultades que tan largas habían sido. Y empezamos a transitar juntos el camino de la vida. Después yo le hablé de Jesús. Yo le conté cómo Jesús una vez que yo había estado en un manicomio horroroso de Madrid me había sacado adelante misteriosamente, sin que yo entendiera ni cómo ni por qué ni cuándo ni dónde ni nada, pero esa fe me había sacado. Y al otro día, o la semana, cuando él vino, me dijo que eso de Jesús que yo le había dicho era lo que más le había interesado de todos los diálogos que habíamos tenido hasta ese entonces. Entonces -desde ahí- dos escépticos, porque éramos dos uruguayos bastante escépticos por cierto, pusimos a un tercero, Jesús, en la conversación, y yo le daba púa para que él abordara mujeres porque yo sabía que el ser lisiado no era un impedimento para la conquista. Él se achicaba mucho al principio, pero luego fue cobrando viento en la camiseta y cuando quise acordar, pasaba con la novia por mi casa y yo solari, y él se iba al cuarto de arriba a desplazarse, a explayarse (quise decir). Es hermoso que en la vida nos den la posibilidad de ayudar y ser ayudados porque cuánto me ayudó Daniel, sobre todo para mi hipocondría ¿no? Ver una persona que lucha tanto, que vence tanto: uno dice por qué yo no. Yo haría un monumento a Daniel y lo pondría entre los héroes de nuestra patria, no sólo por haber sido padre sino por su responsabilidad, por su amor a los enfermos.

Yo soy una persona muy enferma, mucho más enferma de lo que parece, o de lo que se ve, y él está, que él sí sabe hasta qué punto soy enfermo, está todos los días conmigo, poniendo la medicación: la enorme cantidad de pastillas diarias que yo tomo en las tres partes: mañana, tarde y noche. De buena manera, con un amor increíble. Es realmente para mí, un héroe.

ROCÍO

Como espuma sedosa temblarán los cielos
y tu cara de alas volará por mi paradisíaco infierno.
Como bañado de Fanta iré a buscarte entre
ebrias nubes. Será como posar los ojos.

Creo que todo empezó de repente, como si en un segundo parto él hubiera vuelto a nacer. Algo así como, tras dilatarse en los otros, volver alocadamente a sí mismo. Y correr, correr desnudo por las desiertas praderas, mudísimas praderas que quizá nada callen. Descalzo, con los pies sangrantes, muerto de risa, gritando hasta apagar el sol, las estrellas y la luna. Dejando escapar en gotas la carne herida que torturaba transpirando. Recitando bajito, para que todos lo oyeran. Implorando a los dioses y a los hombres, al mar y al cielo, al azúcar… y a la sal:

“Delirantes que van temblequeando por el mundo;

flores marchitas que intentan bostezar;

olfato de perro raído por la lluvia;

sonámbulo hambriento de pelo endemoniado:

oh Dios, regálenme”.

Era el mediodía, o tal vez la medianoche, cuando bajo el destello gris de sus ojos brilló el marrón opaco de una cueva. Entró, abriéndose paso entre grietas de marfil. Desde abajo, desde bien abajo, venía una luz. Avanzó a tropezones unos cuarenta pasos y llegó a la orilla de un pozo. En el fondo, algo que podía ser agua centelleaba.

-Uo- gritó.

-Uo uo uo- respondió el eco.

Poco a poco la luz se fue apagando. El hombre tuvo la sensación de haberse quedado dormido. Un hornero gigante abrió el techo de la cueva dejando ver el cielo cristalino. Y Drácula, Drácula en persona se apareció ante él:

-No me temas. Yo solo soy un ensueño- le dijo.

En el colmo de la excitación, el hombre añadió:

-Yo sé que tú eres un vampiro bueno, un ser que escapó de la inventiva de los hombres. Pero "yo quiero ella". Quiero pasar mi vida con ella.

-Eso- accedió el vampiro –tendrás que hablarlo con la atmósfera. La atmósfera, sabes, es la reina de las prostitutas; la mujer más buena, y la más sufrida.

El aire ululó. Deambularon por todos los mundos mareas de oxígeno encantado. Un águila furiosa invadió un cabaré…; y la trajo a ella en su pico: a ella hasta él.

Y las nubes rebeldes escribieron en el cielo:

"Eras rocío en el desierto,

un palomar enjaulado.

Eres bebedero sin fin".

HELENA

Ella atravesaba el manantial dúctil regando plantas desde su lisiadez. Dos bastones, aparato en ambas piernas, violetas. Casi enana, unos pechos que habrían podido ser atractivos de no ser por el resto. Ella también fue niña y adolescente antes de caminar por el apartamento enorme, antes de jugar conmigo al almohadón verde. Verde también su pascualina. Sólo su ternura lograba que su pascualina no calase en mí, como otro mito odioso, como esos cardos que elevan las familias. Oda limonera, estas palabras ya no son ciertas.

En otro apartamento, chico, la leucemia. "Y quién soy yo para contar tu historia", así terminaba el cuento que escribí cuando Bulevar y Palmar te durmieron. Era un cuento mediocre, igual que éste. Ríos fugitivos nos explican que a Dios nunca hemos de vencer. Poner un piropo en tus ojos mayúscula; una región plana de caracoles nobles. Qué alba te espere en el jamás. Ese pintarrajeado globo que nunca pude asir.

En plena quimioterapia sonreías a Jesús. Jesús enseñándonos que morir vale la pena. Mi metafísica arrabalera carcomida por tu simpleza. Yaro es una calle donde legiones de mujeres cabecean piedra eternamente. Yo ya no escribo ni bien ni mal… En cambio, tus ojos-tierra rotan de verdad. El almohadón se fue al óbol y quiero protestar. Pero en este partido, nunca vemos la cara del juez. Lo cremado nos da lo volátil, lo volátil nos esperanza…, luego, la piedra. Cronos asesinó al poeta que quiso abolir los signos de interrogación. Yo también fui

ese poeta. Me descascaré en el valle milagroso. Hasta lo negro. Tus piernas.

CABALGATA

Era el año 1812. Era un invierno mucho más frío que el ruso. Era una balacera sin pólvora.

Carlos venía cabalgando con un hijo atrás y otro delante de su ingle. La muerte flotaba en el inmenso hueco de una manera increíble. Carlos se sabía ficticio, fantasmal como una niebla evacuada de la atmósfera. La noche, a esas horas de tristeza, es un juego de galaxias. El campo se puebla de otros muertos que vienen a morirlo a uno. Se escucha carcajadas horribles y se entiende demasiado fácilmente que no son sino presencia de la soledad.

Uno de los niños sonrió, como si hubiese nacido sano, y en realidad, sus brazos desnutridos hacían paradoja con su hidrocefalia. El niño de adelante era más lindo pero mudo. El animal espumado por la transpiración invisible llevaba de herraduras su fe en Dios. El galope solamente se notaba por su propio movimiento; el resto era oscuridad.

El relincho pasó como la voz del niño lindo, y no a causa del silbido del tren. El caballo se detuvo como si no hubiera relinchado. Como si pudiese intuir las vigas de la vía, tan rudas como morirse en una mina de carbón. El ruido del tren pareció prolongarse en todas las capas de todos los posibles cielos. Se fue acercando, nada iluminado; pero el paisaje, obviamente, se transformó en gris tormenta. En el tren iban –no íbamos- los felpudos, los locos y yo. El hombre colocó la mano izquierda a la

altura de su cabeza, y guitarreó apenas los dedos, como único saludo. Yo no entendía bien por qué estaba allí; empiezo a creer que no soy ni un felpudo ni un loco; apenas un espectador con un pasado lacrimógeno.

El niño raquítico pudo fallecer de pánico sin que yo me enterase. Esa hipótesis no me resulta probable. La quietud del caballo, el resoplo del caballo cuando el silbido del tren agonizaba en la distancia, crearon en el hombre un afán de paz que se confundió con la paz misma. Taloneó levemente; el animal continuó su marcha perpendicular al tiempo. La oscuridad volvió con su dimensión absoluta. El caballo sintió por primera vez que sus patas apoyaban demasiado. El niño mudo acomodó su boina roja, encajándola amorosamente en su cabeza hermosa. Los pasos se condensaron, como el retorno macizo y disperso del sufrimiento. Carlos pronunció, despacioso y solemne el Padre Nuestro. ¿Cómo será estar en los cielos? El niño mudo lloraba. Pero sus lágrimas no asomaban en sus ojos; iban aumentando la hidrocefalia del otro niño. Éste, estornudó despacito.

-Yo amo los truenos- dijo.

Su padre le dio la razón con el alma. Luego murmuró el sermón de la montaña. Pestañó, es cierto.

-El amor a los truenos nos viene de soluciones imposibles; de proyecciones de nosotros mismos a través de caminos sin vuelta.

Dos millas más allá, el niño lindo se sacó la boina. Se acarició el pelo claro y prolijo. El padre prefirió no nombrar nada en ese momento, ni siquiera de manera mental. La mano derecha del raquítico fue hacia atrás; diez segundos antes, el mudo había pasado la boina de su mano izquierda a su mano derecha; la boina y las dos

manos se juntaron, y la mano del niño mudo soltó la boina. El raquítico tambaleó. Carlos tomó la boina y la apoyó sobre la cabeza de su hijo, como quien la apoya en su mesa. Éste sonrió. Una milla más adelante, preguntó:

-Papá, ¿falta mucho?

PEDRO

Sonaba el Zorzal. Como éste no hay. Pedro, acumulación de grasa debajo de un ojo, no inmuta su perplejidad. Sus manoplas miran, muñequera de gasa en la mano derecha. Hace unas treinta y seis horas que está así, escuchando Clarín. Se va a acabar la media hora como se van acabando sus motas blancas. Cuando Goyeneche desplaza al Zorzal, tampoco inmuta su perplejidad. Pedro es disléxico y no lo sabe; nunca aprendió a leer ni a escribir y ahora, a lo largo de estas treinta y seis horas, ha anotado 2+2=11. Un suspirar resignado, atolondrar de alguna palabra. Nadie entiende la mitad de lo que habla. De novios, la llevaba al Estadio. Ella había sido una mujer sonriente, tal vez la más bonitas de todas las negras de Salto. Afuera macumbean contra él. Enmarañándose cerca del mar olores de ultratumba esquizan su mente. Sin resultado. Pero Pedro caminaba, cuando abandonaba silla y radio, un centímetro más encorvado, y frecuentemente olvidaba la boina. Sólo un litro de leche en la heladera, para mezclarla con pan en el tazón. La cocina repleta de cables, con una antigua esfinge y un muñeco feo –de cuando estuvieron de moda-, podría hacer pensar, erróneamente, que Pedro era macumbero. Era católico y desbolado. Había aprendido a ser católico con ella y la veía roncar muerta, a su lado, bajo el enorme crucifijo, como el vuelo del Zorzal en la radio que se añejaba. Siempre desarmar y arreglar radios viejas. Él se había adaptado a los chistes verdes del relator brillando como luciérnagas en las motas de ella. Y a los Simpson, en blanco y negro, sin entenderlos demasiado.

Pero trajearse si ella no está, no. Mejor ir arraigándose en el Zorzal, hasta transformar esa voz, la más potente del universo, en una frecuencia sin modulación posible.

MAR

El agua está turbia, revuelta, desprolija. El aire de reserva se acaba, el mar ya no es mar, sólo es agua, prisión. El mar es más que nunca el mar, inmenso hasta lo eterno. Ya no hay más aire pero el buzo no muere: es como si estuviera respirando agua. En vez de nadar, vuela; vuela en el mar.

Ahogado o no, el muerto vive. Se mueve hacia todos lados, hacia ninguna parte. El marrón se hace gris, y el gris paisaje. Cerca, muy cerca del buzo arde una hoguera; fuego, fuego en el mar. Algún que otro tiburoncito aletea alrededor de ese fuego. Llegan ahora montones de peces. Más que peces debería decir colores: montones de colores con forma de peces. El muerto, el vivo que se cree muerto, los mira como en un sueño: "deben de ser enviados de Dios", piensa.

El chapoteo de las olas se ordena, y su andar suave también. Lo que nace es música. Música del mar, distintas de todas las músicas que el buzo ha oído. Es el momento de la danza, danza ritual que como todos los ritos, guarda para los extraños algo de magia e inexplicable, para los superfluos, ridículo, para los miedosos, tenebroso.

Los peces son olas verticales que van y vienen, de la cabeza a la cola, de la cola a la cabeza. Como un corazón que bombea sinuosamente, que se abre y se cierra despacito, una traslúcida burbuja surge. Dentro de ella, ingrávido más reinante, un dorado pez baila. La figura se

aclara y a su costado, cual de la nada emana, soberbia y altiva, callada, por sobre todas las cosas callada aunque la música habría tapado su voz, una hermosísima mujer, rubia. Pez y humano se abrazan. La música cesa y la burbuja se hace nube. Esfumada la humarola, un par de metros más allá, una mujer pescadocéfala yace. La sirena se le acerca y la besa; un mujermembrado pez vive.

En la costa, la operación rescate comienza. Vanamente: seis horas después, el buzo regresó por sí mismo. Ya en la arena, el hombre levantó la mirada para conversar con el horizonte. Y se quedaron solos, por un instante, el buzo y el mar.

HOMENAJE A ALGUIEN

Oye cómo patina en lo nervioso la protesta de una neurona que pide visa para ir a la luna. Vuela, cisne del viento en el viento. Siente el cansancio de haber sido siempre tan original. No puedo evitar saber que está demasiado muerto, que en el Cielo no se sonríe a las muchachas, y que, además, su sinluchar tan añorado no es tan reposado como soñarlo. Comprende que ni en la muerte la mente descansa del todo, comprende que el alma y la inteligencia no son cosas tan distintas. Le gustaría recordar su ancianidad, pero ha olvidado el tamborileo de su corazón cediendo. Es como si el pasado se despintase, y él estuviese condenado a no ser jamás sino la sombra de su propio cerebro. Conserva una mínima conciencia de hacia dónde está el empíreo. ¿Pero de qué serviría volar hacia ahí? No quiere arriesgar las pocas sonrisas que tal vez le depare su excondición humana. Jamás habría imaginado –y éstas son reflexiones mías que hurgan en su otrora razonante- que el Infierno, el Purgatorio y el Cielo fueran aptos para todo público. Tampoco tal vez, que el silencio, ése en que falta la almohada –debo repetir que las sensaciones humanas son mi forma de dar temperatura a lo que a él le pasa- tendría características de loro inhibido. ¿No volverá nunca a gritarle a un amigo, en la calle? ¿No podrá nunca decirse a sí mismo, aquel añejo sí mismo, nos volveremos a ver en lontananza? Ve pasar la soledad de siempre, y puede y no puede dimensionarla. Trata de somatizar que hasta el más interminable tiene fin. Cuán atrás ha quedado aquello de “que en paz descanse”. Entendería ahora, si

pudiera pensar (cómo cuesta concebir un ser que existe sin pensar) que descansar en paz, hecho partícula de la nada, no habría sido tan tétrico. Claro que el destino es una línea siempre indescifrable, y hasta la no existencia no ha perdido su confianza en despertar.

SAN…

Lleva los ojos descalzos. La voluntad de comprender cuando camina. Lleva los ojos descalzos y la vida le va lenta, locamente. La piedra gris y pulida refleja un sol marginado. Los metales van rodando, parecen estar calzados de esa ausencia de calzada de las carreteras. El físico tan grande… torso desnudo; la pureza pálida de acercarse, lapicera en mano, sin consistencia, augurio de su propio tiempo, a escribir, como quien reza, a escribir, como quien muere, sobre la línea blanca del asfalto, sin haber pretendido jamás ser poeta. Sólo para decirle a las cosas lo verdadero del arte, la vida que cosecha, que hasta de lo negro cosecha.

-Acercate, viejo. Pero no demasiado. Que hay demasiado espinar.

Una lapicera roja se desliza por la línea blanca hasta otra infinitud algo más vieja y nueva que otra. Eso es normal, habitual, habitable.

-Pedí por no morir, viejo. Pero no demasiado. Que hay demasiado espinar.

Otra vez el talento es la principal mentira.

CRONOMETRANDO VACÍOS

Una humana, al borde de sí misma, atiende a la intersección entre ella y el agua que la rodea en la bañera casualmente blanca. Ve caer –despaciosa y ágil-, despertando feliz, desde el duchero metálico, una gota arbitraria que ¿es siempre la misma? Cae sobre su canilla, análoga a aquella que, a medias, ha completado la bañera, y análoga (por qué no) a la canilla en la cual bebía el agua de la escuela, demasiado fría en invierno. Dicen que una gota repetida y repetida sobre un punto del cuerpo puede resultar torturante. El mediodía es suave y aburrido como un espasmo; es incomprendido también.

Ella se cuelga del mediodía.

TRAUCO EN EL VELATORIO *

Intoxicado por el olor a eucaliptus un felino lampiño se ha muerto en el bosque. Velándolo, sentado sobre un suelo de hojas secas, el Trauco. Juntos reúnen el amor natural de los que nadie quiere. Al hombre, por violador, por una serie de mitos que cuentan los mariscos chilotes; al gato, por feo, por tener ojos de coipo y piel de gallina desplumada. Dialogan mudamente, generando un sordo amanecer. Los rayos de sol se filtran entre las telarañas. Sobre la joroba del viejo una centolla moderna se pasea. En su mano derecha, el hacha, fiel compañera de crímenes, asesina de los infelices árboles. En la izquierda, el miembro, siempre erecto, siempre acusado de coitos prohibidos. Su pera puntiaguda reposa sobre su rodilla endeble. Luce, para los insectos, un poncho de lana beige. Respira profundamente, inhala silencio para succionar palabras. Se preguntan y responden, muerto y vivo, como en un reportaje recíproco entre dos recién casados. El anciano piensa que la criatura inmunda habrá de traerle suerte: cierra un párpado, luego el otro, amarrando destinos paralelos.

Su mente no conoce de rocío, de dejarse llevar por olas desculpabilizantes. Sólo sabe que es un sátiro, que el pueblo, que el mundo, que el Universo así lo conciben. Apenas sí se perpleja ante la naturaleza exuberante; casi no paladea su desburocratizada boca. Pero ver al animal, desechado por la vida, discutiendo con la muerte, hace manar aguardiente de su garganta húmeda. Los granos de sal caen en la tierra como minerales marinos. No hay

radar para contactarse con el resto, el resto… El cielo no se agacha, ni se persigna, quizá condene igual que la marea. Ningún humano descubre su cabeza, ningún grillo alega contra Dios. Remuere el deambular de lo quieto por lo quieto. Las sombras se asemejan a un infinito “buenas noches”. El aire se torna rítmico, danza al compás de la nada. En los bigotes del difunto, un perfume de marca se percibe. Tal vez el Trauco haya deseado que el cadáver fuera una mujer. De ser así, qué importa: el semen de un pecador no es sino la inocencia del culpable. El día se apaga. Llega la hora del entierro. El encorvado se levanta desocupando sus manoplas. Escarba en el piso, sintiendo el polvo entre sus uñas y la carne. El pozo está hecho. Es bastante profundo, profundo y muy poético. El viejo se supone controlado por el mirar de una gioconda indígena. Se agacha, toma al fallecido por sus patas y lo coloca en el agujero marrón. Luego, lo tapa… lo tapa… lo tapa… Queda tendida en la noche una despedida ignorada que pasará, pasará, pasando con el último maullido del muerto.

*Trauco: personaje mitológico del sur de Chile.

ASESINO SERIAL

El vaho de marihuana en el estadio, eso era lo que Javier más extrañaba durante su encierro en la colonia Berro. Estaba allí por matar, y hacía esfuerzos por arrepentirse, pero en verdad lo único que lo hacía arrepentirse era el terrible castigo. Él, como tantos, se había caído de ese aparato abstracto que llamamos sociedad por un delirio de drogas, muy especialmente de pasta base. Su hermano, que también consumía, tenía más escrúpulos, estaba enojado por el crimen, y no lo iba a visitar. Del resto de su familia Javier estaba alejado. En este Montevideo que vivimos, éste que no sé por qué cuento en pasado lejano, la alineación crece. Javier se había cortado tres veces el brazo, para, con el dolor, paliar el encierro. No se trató de intentos de suicidio. Me pregunto cómo van cayendo las personas, quedando atrapadas en callejones así. Javier consiguió la punta de un porro y se lo fumó con alegría. Su vida no valía, y odiaba a los policías y a la ley, y a medida que acumulaba odio, sentía un cada vez más hondo deseo de volver a matar. Pronto, Javier será un asesino serial. En la colonia había clases de música y un taller de poesía, pero Javier sólo había podido asistir una vez, por medidas de seguridad. De todos modos, esos talleres eran como arar en el mar. Nada podían solucionar, y sólo resultaban útiles como pasatiempo, ya que el sistema, y en este caso cabe esa palabra, no daba ni media oportunidad de recuperación a la mayoría de los muchachos. Y Javier era un caso sin solución.

También es un caso sin solución el Tony, según dicen los médicos. El Tony nunca mató a nadie, y estudió hasta cuarto de medicina. Un día perdió un examen y no lo soportó, y enloqueció. Es un loco inofensivo, pero no quiere curarse. Se siente más cómodo fuera del aparato. Pasea por mi casa todos los días. Habla incoherencias sumamente imaginativas, que son, a su manera, ejercicios de inteligencia. Un día Javier intentará asaltar mi casa y matará al Tony. Eso se me ocurre cuando trato de novelar estas historias que podrían resultar inconexas pero que son ambas de alienación.

A veces me pregunto cómo sigo, cómo logro no caerme del todo y seguir construyendo mi destino mientras a mi alrededor los políticos tienen deshechas las veredas de mi barrio. Y la noche es en mi alma una noche tormentosa, criminal. Una tarotista me dijo que yo tenía mucha protección de las mujeres de la noche. Yo necesito amor. Mi presencia en los prostíbulos que visito es apenas aparente. Javier entrará a un prostíbulo y encontrará el eco de sus desiertos. En cambio, los carros de basura le parecerán abominables. Robará calzado deportivo de marca. Y morirá en un tiroteo con la policía. La gente que diariamente cae del aparato, la enajenación. Un viejo que mendiga. La anorexia, en casas de alta sociedad. Otro amigo, pintor, que vive de internación en internación. ¿Tendrá sentido el Cristo, como rey de los alienados? ¿Su heroísmo habrá servido para algo? Se escucha gritos. El padecimiento no parece tener un objetivo claro. Tampoco la poesía. Los días se pelean con su tiempo. Javier apunta, tira. Y es baleado al fin. Los comentaristas psicoanalizan el partido del domingo pasado. La televisión arde, como arde este cuento. El Tony camina construyendo la risa.

Verónica está gorda y no consigue novio, y se le va la vida. Un día, la chispa se enciende y Verónica conoce al Tony, y se enamoran. Tienen dos hijos. Pero esto no es cierto, lo cierto es que el Tony camina y los lugares del cuento revientan de vacío. El tarot. Tirarme las cartas hasta para estornudar. ¿Y para qué? ¿Para qué me enfrasco en estas historias desvencijadas si el sentido de la literatura me ha abandonado? Imagino que el Tony llora en el baño. Javier va a tirar. Tira: descarga sobre el Tony seis balas despiadadas. Así lo invento yo, cuando los años de alienación pesan sobre los hombres. El mundo comentará la noticia que saldrá en los noticieros. Y a Javier lo mató la policía. La luna que él veía era una luna criminal. Los hombres somos, siento, marginados, y estamos hechizados por la furia del destiempo. La tribuna explota y Javier grita y el sueño es matar a otro. La muerte deshace todos los tangos construidos. Se reparte olor a tiroteo por las esquinas. Javier descarga su odio sobre el cuerpo del Tony.

¿Es la prostitución un oficio natural? Las casas de masaje han proliferado en Montevideo durante la crisis. Javier las visitaba siempre. En cambio, el Tony nunca cedió a la tentación de visitarlas. Las chicas que allí trabajaban se creían heroínas, decía el Tony. Yo estaba lejos de todo, dormido, casi muerto. No me importaba ya la herida con que me habían dañado, ni la caída abrupta de toda la ciudad. Yo me burlaba de las musas y veía mi marginalidad como un espectador, y cuando hablaba de ella, los amigos me hacían ver que no soy un marginado. Los devaneos de la vida por hacerme feliz daban buenos frutos. Me volvía yo un comilón contento.

El magma surgía del interior de Javier. Asesino serial, o muerto, o hincha, él volaba hacia lo otro con tristeza

endemoniada. El sida también amenazaba con matarlo, aunque él decía que el sida era un invento de los médicos. Apretar el gatillo. Gritar gol. Sentir la gracia de ultimar. Javier tenía el destino de un asesino, pero decía que todos somos asesinos, que no hay diferencia entre matar a un hombre y a cualquier otro animal. Un cura que quiso persuadir a Javier de la diferencia, fue asesinado por nuestro asesino serial. Así, el propio Javier empezó a repetir que él era una víctima de la sociedad, mientras se fumaba la punta del porro en la colonia Berro y bromeaba con imposibles fugas. El encierro le resultaba un maestro, pero no aprendía de él la paz sino todo lo contrario. Iba acumulando ganas de volver a matar. No le interesaba estudiar un oficio. Al Tony tampoco le interesa. El Tony navega por otras galaxias mientras Javier es baleado en letal contienda. Y Javier de pronto enloquece y empieza a regalar a manos llenas billetes de quinientos pesos que roba sin robar, ya que la teoría y la práctica se han separado y nuestro criminal hace las cosas sin hacerlas.

UN CELULAR

Una vez Javier devolvió un celular a cambio de un par de championes de marca. La ropa de marca le encantaba a Javier, y la usaba con un gorro con visera. Llevaba una cruz dorada en el pecho que le había regalado una novia, y creía en Cristo. Era cristiano y asesino. Estaba jugado a lo oscuro, lo roto, lo esclavizante. Su rebeldía iba empeorando las cosas ya que no era una rebeldía sana. Cuando apuntaba creía que si Dios estaba con él, acertaría el balazo, y le pedía a Dios por robos con grandes botines. Él creía que Dios era asesino, y ponía por ejemplo las vidas que morían jóvenes y lo cruenta que es la naturaleza. Empezó a volar una vez, marihuana mediante, vio un harem imponente que le era prometido. Pensó en la muerte otra vez. Les dije que él fue baleado y no mentí. Igual que otros personajes de historias mías –entre los que me incluyo- él cambió de dimensiones. Entró a asaltar mi casa y yo estaba desnudo y le hablé filosofía y se puso a conversar conmigo y ni me robó ni me mató. Esto fue hace años, estando yo en esos períodos en que confundo los tomates con los trolebuses. El gobierno alardea obra social, cuando, en otra de sus muertes, Javier se ahorca. Mentira: Javier trata de creer en algo pero sólo cree en el fútbol y en la violencia. Se sentía identificado con los cantos de barra brava para los cuales matar era un honor. Y peor que lo peor, ser policía, aunque a veces éstos mataran. Un cuidacoches me dice que él es pobre pero nunca mató a nadie, y que es simplificar las cosas decir que Javier es una víctima de la sociedad. Que se haga responsable de sus actos. Y

se entreveran la muerte y la vida. Y yo me meto en líos absurdos mientras la luna trina. Javier se vuelve polvo. Si hay alma que continúa, esa alma no recapacita. Sin embargo, cuenta el viento que Javier recapacitará, al bajar desde los planetas energía hermosa que se le aparecerá en forma de mujer y le dirá al oído un poemario dulce. Cuenta una antigua leyenda que Javier se volvió el Dios santo del universo aquel, ahí donde entendió el nombre del amor y dialogó de alma a alma con sus víctimas. El viaje sideral se apiada de Javier ya que Dios es antojadizo a la hora de apiadarse, y la muerte brilla con sol propio, templo de inaudita jerarquía. Y el Tony me ve salir del quilombo. Y el Tony es un profeta que Javier jamás mató ni matará. La historia muestra cómo el Tony da cátedra de medicina y ofrenda su corazón a la diosa de los locos que se le aparecerá una de estas noches y le dirá que el cielo le pertenece, no sólo el paraíso sino que, para sintetizar, es el poder jerárquico más alto del universo. Esto ya lo sabía el Tony, pero tropezó en que hay demasiados monos para ese trompo. O algo así. La muerte menoscaba mi alma pero ella se burla de la muerte y confía en el disparatario orgánico que me nutre de ensoñaciones macabras. Javier apunta y tira y yo me subo al viejo Tren Fantasma del Parque Rodó, cuando se licita para rehacer el parque. Cuando soy un trueno milagroso e intuyo a Javier y su marea.

Si se resigna el universo a padecer asesinos seriales, a serlos, a apuntar, tirar, vulnerar, y las cosas volando del cerebro al otoño, del rubor al martirio, de la muerte a la muerte, entre muertes se entienden. Javier va a disparar, como le dispararon a Kennedy, a Lennon, a tantos. Como a mí, cuenta lo antagónico, también me dispararán. O a navajazo limpio. Vida de rufianes. Pez cazado, pescado, hormiga por mí ultimada y otras culpas. Y Ja-

vier dispara. Y Dios se eclipsa y jura que no existe para no firmar, y un escritor amigo asiste a la reconstrucción del crimen en que mataron a su padre. La nostalgia nos plantea olvidos imposibles, entonces me sumo al futuro con la gallega, debí decir la santanderina. ¿Será correcto "santanderina"? ¿Podré yo percibir en el barullo la voz de mi amada? Voy a todo trapo por estas páginas vibrando un comentario lleno de terribles homicidios, y esto parece un noticiero. La propaganda del crimen, como este texto que llora sobre la muerte y la vida. La sociedad encarcela y ahí va Javier, esposado, yendo arrestado, y por más que a Javier lo mataron siendo menor, se narra que anda en cárcel de mayores. ¿Tendrá esta alma redención? Rompe los vidrios de un auto para robar una cartera y empieza a reír y reír, de maldad. Corre en el por ahí, lanza a la muerte lágrimas de odio y va entrando en su tumba con algarabía. El proceso judicial lo va envolviendo en sus propias náuseas.

EL QUIOSCO

La quiosquera está divina. Pero tiene novio. Aun así la miro con avidez y dejo mis pesitos en bombones y fotocopias. Es bastante más chica que yo, lo cual despierta en mí una gran ambición. Se ha interesado en mis discos, y me interesa hacerle llegar también mis libros. Se cuela en mi poesía con colores que escapan a la gama de lo posible. Eso vivencio. Trato de entablar conversaciones nuevas con ella pero ahora está distante. Su vibración va por otra parte. La vi fumando, lo que me inspiró trayectos de balnearios. De noche la suplente, que es también bonita y que usa lentes… Me parece que yo debería involucrarme con todas las quiosqueras del mundo. Me parece que envejezco libidinoso aunque soy joven todavía. Sospecho que me iré a recorrer el muserío y brindaré, una tras otra, con infinidad de doncellas. Entiendo que soy un satélite de la quiosquera, que psicoanalizo su quiosco. Me exhorta con los ojos, la quiosquera. Yo entono una vieja canción y pienso cómo han pasado los años. ¿Y si Javier asaltara el quiosco? ¿Y si yo me enamorara tanto que le propusiera matrimonio a la quiosquera? ¿Si un largo viento soplara vaciando mi ciudad y yo me fuese atrapado por un ciclón o si todos fuésemos víctimas de un tsunami o si Javier al caer baleado y ensangrentado se trasladase hasta el amor? Parece que la muerte ronda llena de acertijos y la eternidad blande su desprecio por mi ética. Arde Bejota, un pub donde suele tocar una banda amiga. El Tony pide un alfajor a la quiosquera y esto se va transformando en bellas mutaciones de la comunicación, no tan bellas si consideramos

que Javier apunta a la cabeza. Un cigarrillo sucumbe y Javier que mata. Un litro de vino. La tempestad que se viene. Los juicios. El aborto que Javier le pagó a su novia que sobrevivió de asco, para decirlo a lo ordinario. La vida pega y cuando pega parece más cruel aún, y uno se pregunta por qué tanto laberinto, tanto encierro será necesario. Javier estuvo preso por matar y yo fui torturado en un psiquiátrico, donde me pregunté por qué me odiaba tanto la vida pero me fui sobreponiendo y retomé mi romance con la vida pero también mi estandarte de protesta. Me terminé de enamorar de la vida cuando -ya cansado de desilusionarme- dejé las ilusiones volátiles y las cambié por una contemplación desdoblada de mis circunstancias. El Tony se cayó y el lobo casi se lo come. Javier tira porque el lobo hace rato que se lo comió. Yo grito mi rebeldía al fuego de un campamento. Una chica me deseaba porque le hacía acordar a Jim Morrison, pero era, como el propio Morrison, un poeta ensimismado y no un héroe de película. Desencuentro otra vez.

EL UNIVERSO DE WALTER

Walter me trajo su teoría del universo. Los órdenes jerárquicos, los antes creadores, todo escrito sin ni una falta en un idioma rico. Walter pide para el vino y para mantener a sus niños. Es un cincuentón pero parece mayor, está avejentado. De los malandras como Javier, opina que no tienen perdón de Dios, ni es respetable justificar lo que hacen. Pasan los carros de basura arreados por caballos. Una vez le dimos a uno una cantidad de cosas de una habitación que limpiamos con Alexis, un amigo que se fue a España y vive allá sin papeles y trabaja en una inmobiliaria pero no le alcanza para ahorrar; y extraña. Mi tocayo, el legendario Ramiro Alles, considera los delirios del tiempo mientras atiende el teléfono en una empresa en la que trabaja de sereno, es decir, contempla el tiempo que se desvencija en el reloj, y confía que a ningún "Javier" se le ocurra asaltar la empresa esa noche. Le adivina el futuro a las compañeras de trabajo para entretenerse un rato, ya que le gusta decir que él es el mentalista del Cordón, el único adivino serio del universo. Es que Ramiro Alles abomina a los adivinos y dice que los tarotistas me roban la plata. Claro, sin tarotistas, mujeres de la noche ni Peñarol, me queda sólo la Coca Cola… Yo había escrito un texto que se llamaba palabras a mi tocayo, y lo deseché porque era muy violento. La violencia, en verdad, era el real comentario de que es terrible matar a un animal, que es un crimen como matar a un ser humano, sólo que es nuestro hábito hacerlo y socialmente no lo condenamos, los

comemos y qué ricos que son. En ese texto yo hablaba de los lirios peñarolenses como una entidad suprema del universo. Lo perdí o lo tiré, pero era un irregular canto de amor que me gustaría conservar. Recuerdo que se lo di a Laura, una amiga que trabajaba en la noche, para que lo copiara en computadora y se ganara unos pesos, pero justo quedó embarazada y la perdí de vista. El Corán nos cuenta su intención y África lega a España un sol poderoso. Laura se esfuerza por parir y Javier mata. Yo recuerdo mi pasado irascible con cierta vergüenza. En cambio, veo con orgullo mi pelea por la salud. Si Dios nos devasta, pues abastezcámonos con nuestros adentros. Claro, el hábil declarante dice que nuestros adentros son Dios, y al final, como en todos los campeonatos, sale campeón Jesús… ¿No estará arreglado con el juez? Walter defiende a Jesús en su teoría del universo.

ORSAY

Me cobraron orsay. Por impresentable zaparrastroso. El cosmos bajó su filo y me degolló y dijo que Javier me había degollado, y las calles rotas con unos cosos amarillos que, me dijeron, son un negociado de la intendencia, y los taxistas que ya no quieren manejar con lluvia, ya que el tránsito está demasiado peligroso. Y hay sequía. Y el vaivén de las almas en lo celeste tira viento a lo terreno. La canción de los Clash sobre las Malvinas llena mi soledad con recuerdos de la adolescencia, la voz de Alejandro Lerner cantando "madre, me voy a la isla…" Aquella guerra que escuché por radio en mi niñez, sin entender del todo qué era morir, y todavía no lo entiendo. Mi hijo es argentino, y pudo ser un soldado. Espinas así navegan mi inconformidad y mi grito se ahoga en lo lejano, cuando la historia inverosímil del ayer va siendo cierta en un vibrante hoy, y de pronto ráfagas de optimismo me hacen reír y la diestra doy al cosmos todo: el cosmos asume que la vida es hermosa y que la muerte también lo es, ya que como escribió Eduardo Galeano, "la muerte es mentira". Pero no es con certeza de la inmortalidad del prójimo que dispara Javier, que apunta y que fuego. Y yo errándole a los patitos del Parque Rodó. Y los churros que me vendieron el otro día en el estadio me recordaron a los churros del Parque Rodó. E ir al Rodelú. Ese bar. Amo los bares. Amo el gris de mi ciudad. La vida transcurre y reitera la muerte de nuestro asesino serial. La costa va recuperando su esplendor. El día soleado corrobora el es-

pejo ideal para que se miren –narcisistas- los pájaros volando. Un cielo ardiente es mitificado por los islamitas. La fibra creada, la fibra envenenada, la negatividad de la conducta de Javier lo va dejando día a día más muerto. Eso decían los rincones de la celda y eso era lo que los ancestros juzgaban, al estudiar minuciosamente el caso de Javier. La muerte iba de Solymar a Pocitos. El policía va a tirar, tira. Un vidrio roto y sangre, como en el matadero, como en la furia del dios desamparante. Pero dios, Dios, diosito el diosazo, Dios, ladra los cañaverales que impregna con su inacabable faena, la desolación y las ganas de erguirse. Entonces el diosito nos canta milagros en sus azoteas erráticas. La ola de muerte me va matando pero canto un lindo milagro. El alma hecha piedra, así voy volviéndome dueño de mi risa, hasta que la risa me domina y de todo me río, y no por no llorar sino porque hallo el misterio gracioso, y debo soñar alto como manda el cielo. Javier haciendo el amor a su novia o haciéndolo con las ellas sagradas, las prostitutas del mar, las reinas de la cosa toda, las que agrandan y lavan mi herida por la mujer española, las que me cosen y me hacen sentir bella la pequeña cicatriz. Ellas, ellas, ellas. Y el barómetro y la talla del corazón migratorio. Un río tenaz y porfiado va albergando los misterios insondables de recorrer la joya cinematográfica. Una rosa roja llega a convertirse en árbol por decreto de gobierno. Mientras la gente se va del país, Javier dispara.

PARTIDA

Irán mis nostalgias a velar tu sueño cuando la flauta lírica que hoy te doma, tirite. Vendrá del angelar un ruido agudo. El pampero encajonará la lumbre de tus vocablos como a un serrucho afilado. Tus manos afeitarán mi pera en la octava dimensión. Los astros, poetas como las arrugas que entonces rayarán tu piel, alfombrarán el crepúsculo, aterciopelarán tu muerte. En la mesa marrón, la vinagrera brillará luciérnaga; en la ensalada verde se paladeará ausentemente tu presencia. El agua incendiará la bañera vacía. Las tablas crujirán en la alcoba sollozante. La azotea reposará sola, como mirada añejada en horizonte. Dios le hará un gol al arcoíris… y luego le pedirá disculpas. Los cementerios bramarán lúdicamente. Los ojos rioplatenses, como solferinos tubos se abrirán. Y entrarás, bajo la luna vergarina, en el ascensor de las anécdotas.

BESOS

Ricardo estaba en el otoño. El caer de las hojas amarillas le daba esperanza. Caminó hasta la playita. Las nubes prometían aguacero. Pensó en Viviana. Miró hacia enfrente, hacia la isla. Ahí donde estaba ella, secuestrada por ella misma. El amor de Ricardo y Viviana había sido una noche de verano bajo las estrellas. Ricardo tenía besos que daban ganas de seguir besando. Por eso sus ilusiones, su ahínco por hacer posible el rescate. Pero para sacar a Viviana de la isla hacía falta fabricar una embarcación adecuada, quizás un bote. Él pensaba que un bote sería lo mejor. Un hombre, creía, debe ir a donde sea para encontrar el amor. Y el amor de él, era Viviana, así lo entendía en medio de la brisa con olor a mar. Pero Viviana estaba encerrada, buscando dentro de sí más y más motivos para no verlo. Comía plantas y algunos de los extraños animales que poblaban la isla. Andaba semidesnuda, aunque ya no hacía calor. Lloraba todos los atardeceres. Ricardo hizo un ruego a las nubes, les pidió el reencuentro con Viviana. En eso empezó el chaparrón. Él se quedó a mojarse, pero después decidió refugiarse bajo el balcón de uno de los edificios de la costa. Estaba sin ropa de lluvia, y a decir verdad, ya estaba empapado. Tres años estuvo en el otoño, construyendo la embarcación, titubeando. Por fin, una mañana zarpó rumbo a la isla. Zarpó desde la playita, sin que nadie lo viera. Estuvo mucho tiempo, quizás algunos siglos, navegando, hasta que llegó. La isla lo esperaba distinta. Con Viviana que estaba cambiada. Su aspecto físico,

igual que el de Ricardo, permanecía idéntico, sin paso de tiempo. El cambio era que Viviana estaba tranquila. Lejos de esconderse, asombrarse o reprochar, saludó con sencilla sonrisa, como si ayer hubiese visto a Ricardo. Estaba vestida de celeste. Después de pocas palabras se besaron largamente. Ella tenía el pelo suelto, y parecía que iba a salir volando. Quedaron juntos en la eternidad. El mar era una piscina milagrosa. El amor que hacían era volverse uno; volverse uno era imposible. Y así se hilvanaban. Y no se reproducían porque el futuro se había detenido. Las caricias salían bailando solas entre árboles. Los raros animales los miraban tiernamente. Es el fin, es el infinito. Larga noche y largo día se fundieron en un solo estado. La música ancló en un punto del mar. Las estaciones fueron todas a la vez. Y el cielo supo dar lluvia y sol. El verbo quedó en una vocal. Así ocurrió.

ASCENSO

Moría, petrificado en un paredón, el latir blanco de la tarde. El hombre nadaba furtivamente por la piscina celeste. Su mirada, ávida de belleza, deambulaba por el derroche verde del heroico bosque. Un bosque por el cual todavía se regaban las plantas de la independencia. El sol, agachándose hasta la tierra, coloreaba paternalmente al cielo.

Una brazada, la otra, una patada, las otras, el armonioso telar del deporte pintaba nostalgias en el agua. A lo lejos, el cuento de un búho destapaba el oír dorado del nadador. El corazón le palpitaba ardiente, fogoso de perfección. El estilo, cada vez más destilado, era una invocación al mar: una mezcla de peces y de barcos, un pirata y la sal.

Parsimoniosamente, los ojos del hombre fueron andando hasta el horizonte; hasta un lugar de ataúdes bíblicos, eternizados por el riachuelo azul de las palabras. El viaje fue estrechar segundos con la palma de la mano, liberar la alergia de la sangre. Fue llegar al astro rey como un lagrimal a un lago de cisnes; desde otrora, refulgía la proeza de ser hombre, la soledad de ser Dios. Con la elegancia prosaica de un esclavo egipcio, un escarabajo plantaba su cuerno en el altar –la encantada luz de allá arriba-.

Desde el señorial bosque, un palo marroncito enredó el rayo de sol hasta arrugarlo. El nadador, cometa amarilla que volaba entre palomas, alunizó; la noche, la lenta noche había llegado.

NI EN ALEMÁN

Se va cortando…, en el bar de mi vida, la carne marrón o negra. Rememoro la historia añeja, brotan, como por el surtidor de nafta de los dioses, las palabras de este cuento. Pregunta número uno: ¿qué es escribir acostado en el piso? Pregunta número dos: ¿para qué regocijo en el cansancio mi vientre dolorido?

Bajé viento en popa, me senté en el wáter que es añoranza de calma, pensé en recomenzar este cuento, pensé en restructurar el cuestionario, pensé que la pregunta número tres debería ser "¿para qué hago estas preguntas?", pero eso habría sido un mediocre huir el destino de contestarlas.

Empezar a escribir acostado en el piso, descifrando el bar de la esquina, la carne marrón o negra, es infinitamente más que una sutileza nueva; es zarandear el aire, sabiendo que en él algo supraterrenal… -y/o subterráneo- invita, maravilla y pozo que a cada minuto cazo. ¿Y a quién concierne todo esto? Debo llorar el dolor y el milagro pasajeros, y atar mi pelo en gomitas para no verlo tapar las letras, o, lo que es peor, debo atarlo para no notar que ni me doy cuenta de que me tapa las letras, evitando así el no diferenciar letras y color fúnebre.

(Una chica alemana me miraba codiciosa en el albergue. Cómo escribir en alemán que no te veré jamás, o que me esperes en el paraíso, o que me des una locura que me permita tocarte). Cuando escribo acostado en el piso trato de engendrar esa locura. Debería sacar los

paréntesis (la frase de la alemana no se puede saltar) pero alguien encontrará que es un recurso innovador obviar lo importante en un mundo en que lo importante casi siempre es obviado. Si volviera a verte, daría por sobrentendido que vos sabés que los sudamericanos lloran de amor, no solo de hambre. Y daría por sobrentendidas muchas otras cosas, dulzuras y fatalidades que van detrás de mi alma, momentos paranoicos como éste, que son pocos los espíritus que están aptos a escuchar. (Lo que acabo de escribir oscila entre sinceridad y dogmatismo, no sé a qué aferrarme, si la partícula poética de todos los hombres –que es un receptor en potencia siempre que la actitud vital se acomode como antena- o a mis pésimas condiciones para parecer intelectual).

¿Será posible sobrevivir a estos momentos cósmicos en los que mi comunicatividad es desesperación de las almas? ¿Será posible recordar caras perdidas e inspirar en ellas palabras retorcidas que me empiezan a hartar? Alemana, dame otro sueño. Ayudame a concretar en esta hoja lo que ni la sencillez ni lo rebuscado pueden dar de mí. Es, como cuando hay dos seres humanos en la misma puja existencial, en la misma época del mismo momento.

El bar de la esquina, las palabras sobre fútbol, sobre superficie intrínseca de la vida, miel efervescente y mujeres esfumadas, y sueños de desiertos no encontrados en el Océano Pacífico. Yo vomitaba y los marineros se reían y el bacalao llegaba. Vos arreabas basura, y corrías bolso al hombro tras alojamiento, se perdían en el alma de nosotros cada una de nuestras noticias, y llorábamos. No sé a quién le hablo cuando hablo, porque cuando escribo, hablo. Vienen tres palabras vanidosas: soy un beso.

Si borráramos todos los rastros de todas las literaturas y aceptáramos como única armonía las palabras "soy un beso"… Yo estaría presente como un brujo, como un dardo eclipsado, mirando una rifa de alegrías con números que irían del uno al uno, en la Pedrera, en el Empíreo y en tu casa, o si fuera necesario, también en nuestra tumba. Alemana, te traigo un llanto, te pido una rosa. Adiós por el cosmos. Yo seré astronauta en una nave sin hierro. Y seré periodista en un país sin imprenta. ¿Quién será lo que sea cuándo sea y dónde sea? ¿Y qué será de él? Aquel retraso infortuito que se eterniza en un desencuentro.

Para qué regocijo en el cansancio mi vientre dolorido, que ya no me duele, o sí, o no, la poesía es tan infinita…

HOMUS CRAZY
Fragmento

Es así, el mar que lo había visto, durante sus sueños, salir a embarcarse una y otra vez, en las visiones del mar, y lo miraba ahora, y lo comprendía, ese mar, igual que un cristo, ese mar cargaba su cruz por todo el mundo, yendo hacia el horizonte de la vida nueva, nueva vida para Augusto. Augusto tenía ya cuarenta años y era del interior. Había venido a Montevideo como quien se va a Europa, buscando un horizonte mejor. Había conseguido trabajo en una cuadrería, y ahí había entablado amistad con un camarógrafo que además era pintor. Había pasado mucho tiempo hablando con él de artes que él desconocía y se había sumergido en el misterio de la fe en pintar. Había seguido labrando su consagración al milagroso nazareno que hoy es el mar y como el mar lo cuida y le habla. También había incursionado en las casas de masaje, y tenía una gran cantidad de preguntas sobre la mujer, y la ausencia, y golpear la puerta y que no se abra, como la puerta del cielo o qué sé yo qué categoría de astralidad, donde vernos y movernos. Augusto rezaba para que María Inés, su reina de todos los tiempos, lo despojase del dolor y lo ayudase paseando con él por los parques, pero eso resultaba imposible aunque Augusto había leído en un libro que nada era imposible y que los huracanes no podrían evitar que él realizase todos sus sueños. Pero aquello no se podía. Nada valían los insomnios ni los rezos y ahora el mar lo cuida y él sueña con el infinito y empieza ahora sí, a navegar más allá de aquella vida y hacia un nuevo estado. ¿Pero qué ha-

bía llevado a Augusto a quitarse la vida? No precisamente la conciencia de que la vida es eterna, en todo tiempo, en todo espacio, porque aún la noexistencia es una forma de vida. Es un asunto de dolor. Augusto sintió que María Inés, la histérica del sí pero no y el feminismo, no valoraba sus esfuerzos y se empeñaba en lastimarlo con lunas de lo eterno y como que ríspidas carcajadas, y se burlaba de su pobreza paseándose en el auto del ricachón ése, que le había caído bien a María Inés por lo interesadas que son a veces las mujeres y hubo tanta pero tanta tristeza en el corazón de Augusto que se suicidó y fue a dar al peldaño que lleva al mar, el protector que lo llevó derechito por una senda de elevación y penuria a visitar el bosque donde un león le hizo saber que todo suicidio era castigado visitando a una archidiosa de lo mariposal y mirarla y mirarla y no poder nada concretar durante mucho pero mucho tiempo. Y así Augusto pataleó y se desesperó y pidió perdón a todo viento por su crimen hasta que el mar se apiadó y, protector, envió sus fuerzas mansamente para que Augusto se recuperase y se embarcase rumbo a un maravilloso horizonte. Así fue que se fue encaminando hacia una aldea, donde habló en grupo sus males y fue ayudado por una morena obesa que le dijo que todo estaría bien, siempre cuando él tuviese presente el daño causado a su familia al suicidarse y que ahora iba a recorrer muchos campos pero que no se realizaría jamás su amor irrealizable y que María Inés lo despreciaría siempre. Lo despreciaría siempre sí, quizás por haberse matado, quizás porque siempre había sido así. El mar comprendía en su seno la incompatibilidad entre los sueños de Augusto y su recio aspecto de ahora, con una campera negra de cuero y muchas tristezas con las cuales navegar en ese frío y que cabalgar también: Augusto siente deseos de galopar e irse lejos, bien lejos de aquel mundo y de todos los mundos posibles.

EL CALLEJÓN DE LOS MORDISCOS

Corría, creo, 1988. Yo solía escapar me acuerdo, del liceo hacia las hojas de otoño. Eran mañanas frías, sin luna. Las cuadras, las siempre mismas veinte cuadras, se parecían a la urna sobre la cual flotaran mis cenizas: un invernadero eterno, ciego, sordo y mudo, por el cual desfilarán efímeras visiones creativas.

Podría contar, por ejemplo, que una vez paré al pie de una fuente. Soñé que por el agua quieta navegaban temerosos dos barquitos de papel. Los comparé con los ojos de un perro: eran mesías recién ensartados en ruedas. Predicaban a través de inocentes y espontáneos dibujos, formas casi tan locuaces como el granito rojo en una tarde de sol. Sabían de la frialdad del mundo, sabían del amor de cada hombre. Difícil va a ser para mí traducir aquellas sensaciones a palabras; quisiera explicarte, mi amor, que son los olores del alma.

Quizá me esté extendiendo demasiado en el relato de instantes, pero es que las urgencias son el larguísimo proceso que cincela nuestras vidas. Empecé preguntando:

-¿Por qué el encierro sumiso?

Pienso que me respondieron:

-Para que la libertad sea.

Me rebelé, me acuerdo, soñando que nada me estaba impuesto, pero debo confesarte, que nunca pude salir de mi mente.

Seguí, creo:

-¿Por qué morimos los hombres?

Me dijeron –capaz- que si pánico daba la muerte eterna, con todo el descanso que ella implica, qué abría de asustarnos más que la vida infinita.

Retomé la palabra:

-Y… qué hay después de la muerte?

Se rieron:

-Los hombres, siempre anticipándose; aún no saben el final de esta película, y ya pretenden ir filmando la siguiente.

Temblé; tal vez sabía que estaba haciendo la gran pregunta:

-¿Por qué las injusticias, la desigualdad en los derechos y en la suerte de los hombres?

Entonces hasta los barcos se quedaron callados. Quisiera que me prestaras, mi amor, el olfato de tu alma.

CUENTO QUE ME OBSESIONÓ EN UN TREN

En los vestigios de su mente, Equis Mentolado pretendía no sentir ese gusto. Era un gusto oriundo de su infancia, más concretamente de Punta Carretas, cuando Punta Carretas se parecía un poco menos a los edificios altos de Pocitos. Se recordaba en la azotea de una construcción de tres pisos, perdiendo inexorablemente el quicio al recordar. Lo habían sorprendido desnudo, con caca entre las nalgas. Había empezado a correr, desparramando con su mano derecha el marrón por las paredes. Lo habían atrapado; lo habían hecho limpiar y lamer, lo habían dejado irse sin lavarse la boca, caminando despacito.

Ocho años después, Equis Mentolado hacía versos para Luis, un amigo imaginario.

Un día, mientras pretendía no sentir aquel gusto, había parado la grabadora y escrito, como vomitando:

Hoy

ni las mujeres me gustan.

Sin embargo

no puedo salir de “Mañana en el Abasto”.

(Permítanme explicarles que estoy dibujando, con la cola de un pejerrey, sobre el agua de un río, estos garabatos a los que, tengo entendido, algunos dan significación. Pero no hay editores en el mar, ¿o sí?)

Después, hacer corresponsales en países de otros mundos cuyos rostros jamás iba a ver nítidamente. Tararear baladas en las alcantarillas, aunque nunca fuese verdad.

Poco a poco se fue construyendo un sindescanso cerebral que algún médico catalogaría de infantil, ya que era como tener el pecho encima de un subibaja. Dejó –haciendo equilibrio por el hilo metálico de una lamparita- su amor por el deporte. Iba sin rumbo por la calle hasta que alguno lo viese demasiado perdido y lo obligase con los ojos a recuperar la astucia, tal vez solo para volver a extasiarse perdiéndola. Equis Mentolado daba un paso, decía un verso, conocía detalles nauseabundos. Hablaba con distintos Alfredos, cristalizaba el trasfondo de esos diálogos en su cuaderno. También coqueteaba su pelo, a fin de ser terso todo él, como un jazmín desprolijo. La esencia de la amargura tiene un sabor especialmente amargo.

(Y yo me prostituyo a la corriente).

Quiso Equis Mentolado comprarse un sueño: se armó de bríos y corrió, dando saltos de unas mil leguas submarinas, todos los campos verdes. Descubrió, quizás, que no hay nada mejor que reptar entre el trigo, pero vio demasiados pies gigantes, y, para no morir aplastado, se transformó en cielo.

Hoy habla de nuevo, me ruega que lo llame Luis por un ratito. Lo escucho pues, y opto por ser una amiba que canta en las vísceras de un tiburón.

Dice:

“Cuando escribo

dejo los esfínteres en cada palabra.

Qué los esfínteres,
la vida.
Dejo la vida
y no dejo nada.
Porque por suerte
mientras viva
voy a tener esfínteres
y lágrimas.”

VIAJE POR EL PARAÍSO DE LOS CIEGOS

Tratarás de escribir versos, como otro poeta, uno más tan solo, a la búsqueda de Dios.

Yacerás en el vacío y en la inercia, como todos los hombres que han soñado en este mundo.

Besarás el cielo con los puños y golpearás mujeres con tu boca, y ya, allá donde la estepa se transforma en desierto, crujirás, y volverás a crujir después de muerto.

Desde el mar ladrarás con voz de ola y serás pez y vaca en el Paraíso de los Ciegos, paraíso de colores fuertes y brillantes como el sol.

Serás abono en la tierra después, e insultarás a cuanta pala se atreva a removerte, y volverás a insultar después de vivo.

ESPUMA
Fragmento

El sol brilla alto. A unos veinte pasos de la pequeña casita a medio hacer, él se desploma, y su cuerpo pesa como el corazón de un gigante. Tiene la espalda sobre pasto, las piernas sobre pedregullo. Está bajo un cielo inmenso, copa de gran árbol. Es savia en un total vacío, savia inútil. Y viene de lo hondo un tiritar de manos calientes. Las constelaciones se arrastran, cargando piedras de cárceles macizas.

Hay todo un furor facial con pretensiones de asomarse al balcón de los párpados. Hay ganas de explotar, un pecho escarbado por millares de insectos. Un hámster ahí adentro mete su boca y escupe. Lo cósmico traslada los estornudos de otros y una mano femenina, con una trincheta, taja rostros. Él lucha por pensar, y en su mente, desdichas de diferentes sitios son una misma película. ¿Quién corteja a Dios, quién? Una tenia equinococo desinfectada de risa. Las piedritas del pedregullo le dan ganas de rasparse, y está acostado (en el hospital también estuvo acostado). Oye coches triturando sueños y eso es rutina. Los ojos estáticos se perplejan de estar mirando. Espera que el día pase y no pasa, y sin noche no hay luna aunque sí cráteres en el alma. En su nariz aflora moco. Sus ojos no se dominan, trata de temblar, otro auge de tristeza es bienvenido. Llora, dice “la puta que lo parió” con voz de llanto, los ríos son cuadriculados por represas y lápices en mapas. Sopla y desopla al Planeta Tierra.

Este mundo de calamares tóxicos… Aprieta los puños y baja y sube los brazos en gesto desarticulado.

Cuando las lágrimas le recuerdan que tiene mejillas, está vivo. Y es decir que estar vivo no es vivir. Él, con más humo que palabras, plantea la pregunta a astros neuróticos. No hay interés ni respuesta, cuando es mudo el Universo y son mudas las hormigas, cuando sensaciones submarinas zambullen ranas no aptas.

El principio de la nariz es una cordillera entre los dos ojos, y él recién lo aprende. Piensa que aún no se ha descubierto el avión que lleva una lágrima de un ojo a otro; luego comprende que ese viaje se hace en subte; después, que él mismo –desde su perspectiva de superficie- es un gran subte. Piensa en levantarse y está inerte, pero ya no llora. Ahora es un declive el dolor, y disminuye a medida que él lo va bajando. Empieza a hilvanar banalidades, por ejemplo que aún no ha sacado pasaje de vuelta. Eso no es una banalidad, y él, cuando se levante y empiece a caminar, se dará cuenta.

¿Y ESO?

–¿Y eso?- españolísimamente, me preguntó. Después, mientras, fijó en mis ojos indios un puñado de canciones, abrió la palma de la mano y se la miró; respirando, leve su nariz, la puso en mi vientre, la mano.

Dormir a tu lado, como si vos fueras siete mujeres que me rodean y me hablan.

Volvió a preguntarme desde su lengua inexplicable y sus mejillas tenues, por qué si era uruguayo hablaba como los argentinos. Le dije que eso no tenía importancia, si total, creyendo que era argentino, el pianista de un pub me había agasajado con La Cumparsita, que es tan uruguaya como yo. Me besó muerta, viva; luego, como una merienda al sol de un hechizo, me pidió: "Existe media hora más, por favor".

En el mármol de la vida, y en las alas del tiempo, escurridizo como un fideo chino es a veces el amor. Entonces…, ¿para qué relamer su hombro hasta el silencio? Era pedregosa ella, un angelito cuyas piernas tiemblan en la sala de espera de un psiquiatra.

-Cada caricia tuya será lumbre en mi futuro –le contesté, pero no quedó muy conforme: habían pasado demasiados milenios, y ya lo único que le importaba era que yo existiera media hora más.

Entre besos tan caducos como perennes, le hablé del Uruguay, nuevamente. Ella lo hizo con suavidad, como

tranquilizándome, como intentando que no me asustara. Quiso que no me muriera y yo se lo agradecí. Se creía atraída por mi vitalidad y mis rasgos aindiados, y no había por qué desengañarla; en realidad, estaba asombrada por mi profunda letanía. Le conté que Peñarol era mi vida, pero ella restó importancia a eso; entonces, para resumir mi estado anímico, tan religiosamente príncipe, le dije:

-Creo en Dios fiel patoso landé.

Ella no entendió tampoco esto. Sí lo entendió. Me dijo que montado en un caballo, cualquiera cabalga las nubes. Pienso que quiso transmitirme que no cualquiera es caballo. Después me besó… Me hizo sufrir tanto como si me hubieran enjaulado en una paloma.

-Sabés…: me habría gustado acariciarte cuando eras viejo.

Tenía razón: cuando era viejo, yo era más lindo y menos sabio que ahora; pero han pasado tantos milenios…

-Oye –agregó-, si tengo los senos casi tan bonitos como el mar, ¿por qué no puedo hacer que tú existas media hora más?

Creo que la cualidad más importante de sus senos era que, cuando uno lo pedía, se transformaban en lagos. Le supliqué, cuando ya habían pasado seis años desde que me preguntara "¿y eso?" españolísimamente, que media hora más no, por favor, no. Simultáneamente, mendigaba a Dios por algún minuto más siquiera.

Abrí la boca.

-Es así: es necesaria la huida, sobre todo en el instante en que todos los döndes se confunden; es así.

-Oye… ¿por qué eres tan hijo de puta?

Nunca me habían dicho algo tan dulce. Entonces la noté, por decimotercera vez, indefensa. Apoyé mi mano en su vientre: la historia de los hombres a ratos pasa por los párpados de cada ser humano.

-Hay gente que no cree en mí; pero vos creés, y eso me eriza.

-¿Cómo?

Le cerré el labio, lamiéndoselo. Luego, le recité el mundo que jamás osará caminar por la noche. Sentí que sus piernas empezaron a temblar…

No había pasado aún la media hora cuando me rogó, por última y cariñosa vez:

-Existe, por favor, existe.

SI LO VES A CURA

–Si lo ves a Cura, decile que me fui a recorrer.

La mujer quedó mirando la cirrosis en el candelabro lento. "Nada que espiar en él", pensó. La pesadumbre de un sueño le rasguñó una ceja. En su derredor los muebles yugaban telenovelas sin melodrama. Agachó la cabeza sobre la mesa mustia, y acostando los párpados salió a recorrer con él.

Tomó su mano de luz, como una alfombra persa y la yuxtapuso salada a sus senos que eran dos sombreros de corsario. Escuchó el burbujeo de su alma con la plenitud de Dios. Oyó retumbar el desfile de las semillas que engendrarían el paraíso; golondrinas. La mujer le acarició la cara, en hipnosis sagrada. Pudo palpar que su hombre era un imberbe, cetrino como una cebra. Y empezó a llover. Hasta tapar las cicatrices de la varicela; hasta ser un filamento de bombita en la luz total. Entonces siguió llorando, oyendo el riñón de los pueblos. Caminaba por la calle y su llovizna, y por la niebla que bautizaba de sonrisa. Ese hombre era aljibe y su linterna.

-Si lo ves a Cura, decile que me fui a recorrer.

"Cura" habían bautizado, por razones del corazón, a su primer perro, muerto hace ya años, sanado en el delta invisible de la necesidad de amar de ambos. Al escuchar esa frase, ella supo que era el epílogo, y para postrar ese adiós en el tiempo, la había transformado en epitafio.

Abrió los ojos. Quedó diez minutos invernando en el marrón de la mesa. La acarició un poquito; y en ella, al hombre de su existencia; el mejor milagro de Dios. Tomó el bastón para erguirse, y altiva como un ateneo, recitó:

“Padre nuestro que estás en el cielo

santificado sea tu nombre…”

MADERAS ANÓNIMAS

Me bajé de la carroza. El día estaba de cielo turquesa. Puse el pie derecho sobre la vereda. Mantuve tres segundos el izquierdo besando la calle. Subí a la vereda después y emprendí unos sigilosos pasos hasta el templo. Me quité el sombrero. Lo tiré desde sus alas y cayó limpio en el gris brillante. Había olor a árboles. Una dama con cabellos color otoño apareció, no recuerdo desde dónde. Dio una risotada estridente. Se agachó brindando su pelo a mis ojos y a la entrada del templo. Tomó mi sombrero y bebió en él olores rosas, insólitas proezas de su sensibilidad. Yo me di vuelta. Le regalé mi espalda como la ofensa que ella más necesitaba. La dama desgajó el sombrero y petrificó sus ojos para no intuirme. Pero todos los sinembargos femeninos se hicieron presentes. Se tornó felino el otoño, le goteaba húmeda la tráquea, le retemblaban las piernas, sus manos sentían fluir la arena del reloj del desierto. Entré al templo. Con mi rebeldía de siempre, buscando humildad. Y viceversa. Me arrodillé como ante el cuadro de un amigo. Palpé la claridad de las afueras posibles. Agaché la cabeza hasta recibir en la frente la vida de esas maderas anónimas para mí. Oí muchas muertes injustas, péndulos imputados a la noche. Pero aplasté, con la fuerza de mi nuca, la carne de mi frente a ese tallo crecido, tanto, tanto, que obtuve un gorra de espinas. La dama arañaba su cuerpo, acariciaba y roía el sombrero. Quietita en la puerta del templo. Volvió a sonreír con estridencia. Tomó su pañuelo, que estaba sucio y lo ensució un poco más. Luego lo tiró a la vereda. El pañuelo cayó y se acostó. La dama lo miró acostarse con los labios

fruncidos. Una luz altanera la protegió. En el templo, yo me levanté. Miré los lugares de propinas, callado. Hervían en mí los colores opuestos de la fe. Caminé lento, hacia el afuera sonámbulo, visionario. Apenas salir del templo en la vereda paulatina de ese instante, divisé una cartera negra. Mi carroza no estaba. Pero, casi en su sitio, un pañuelo de dama, sucio de frío, magnético a mi alma, dormía. Lo desperté. Le hablé de mi pasado ceniciento. Calló diciendo "aquí". Cuando fui a atraparlo, se fue. Desapareció, siendo él toda su pista. Creo que alcanzará para encontrarlo. Voy por él.

PASOS POR MADRID

Tantas veces mi vereda fue una glorieta. Empiezo a caminar hacia El Rastro, y pospongo un instante el hormigueo de mis pensamientos, para degustar las ampollas de las manos y las sienes de Madrid. El frío y la lluvia de una noche de Moncloa, mientras los estudiantes dormían, y yo contaba las garrapatas de Dios. Pero ahora, en la sed y en el calor, bajo por Montera hacia Sol, para subir por Carretas. Una señora anciana, por cierto más anciana de lo que su documento indique, arrea una valija negra. Me recuerda a una viejita que recorre Montevideo, ciega por la columna no le permite mirar hacia adelante. Crispada, arrastra bolsas, y se arrastra y grita. También grita, ofreciendo números de lotería, en Serrano y Ortega, creo, una muchachita. Sus hombros son un jugo de melón; sus ojos, amor.

Desvío mi camino un poquito para observar los sellos de la plaza Mayor. De niño fui filatelista. En España he pensado retomar esa pasión, pero no me decido. Sin embargo, no puedo evitar detenerme a hojear el álbum de Uruguay, ese país que colecciono en el pecho desde antes que Dios hiciera el tiempo. El Rastro me recibe como su nombre: una huella sin presencia física, el corazón de mi princesa sublimado por el organillo del manco del garfio. Una mujer, parada, nerviosa, vende droga. Todo aletea como una mariposa fijada a un terciopelo por un alfiler. Pero sonreíres. El señorío, los báculos firmes, cualquier simple tristeza plagada de esa aurora que

se llama vida. Un verso, un camino, un sueño y un hombre que lleva mi nombre.

CARIÑOS PARA NORMA

Qué día hermoso. Norma, la empleada doméstica de la casa de al lado, mira por la ventana a los hombres que están acostados sobre el pasto que rodea una inútil pista de aterrizaje para helicópteros. Parecen lagartos, piensa cariñosamente. Son obreros de la construcción en reposo. El capataz ha olvidado traer la pelota. Es por eso que, después del asado, con el tan bien mentado fuego de madera de obra tras las brujerías del portland, aprovechan los instantes anteriores a la maldita campana. Fuman y piensan y bromean. Miran de espaldas al mar, sin darse cuenta. Norma supone que lo hacen porque es el mar lo que más ven desde el edificio en construcción. Son todos un poquito mayores que su hijo. El hijo de Norma, el menor de los cinco, tiene lindas condiciones para el dibujo; hace tatuajes con motivos chinos a sus amigos. Le habría gustado cobrarlos, pero las cosas son como son. No hace alarde filosófico ni estético de lo que dibuja: son sombreritos de sol que van de su cabeza a sus manos. Ruben no tiene trabajo y empieza a imbuirse de astenia soñando con modelos anoréxicas. Norma mira a los obreros que se levantan despacio y se aprestan como un bostezo a cruzar la Rambla. Norma se va quedando sorda. Entonces no oye el teléfono que está sonando ni el mensaje que está dejando en el contestador la cuñada de la patrona. Norma quiere a su patrona. Recibe de ella lo posible. Y ha aprendido, mirando crecer a los chicos de la patrona, que como Dios es uno, y nosotros, su plagio, y a la hora de la so-

ledad no hay dinero que valga. Lo otro, lo de que quita dolores de cabeza, tampoco era obvio para Norma. El dinero saca el hambre, nada más (ni nada menos). Vuelve Norma a tomar su escoba, cuyo mango estaba apoyado en el marco de una ventana. Por su mente pasan acordes de música clásica, la única que escucha mientras hace labores. Ahora, más que escucharla, la adivina. No sabe reconocerla por títulos o autores pero su alma la baila como su cuerpo baila las cumbias en las fiestas de fin de año, aún hoy. Esos días engalana sus hombros con su piel sesentona y sus rulos grises se despeinan hasta la madrugada. Los otros días, cuando es de tarde, espera el 405 con otras mujeres, generalmente más jóvenes, con una coquetería que a ojos ciegos resulta la menos paqueta del barrio. Algunas veces los hijos de la patrona esperan ahí el 121. A Norma, que los quiere mucho y es muy querida por ellos, le incomoda la situación. Luego ocupa una ventanilla del ómnibus que a esa altura viene vacío. Sigue mirando y escuchando melodías. Por esas paradas, suben obreros, los menos coquetos del barrio. Algunos huelen a vino bien cosechado. Norma piensa en Ruben. Y se va quedando sorda.

LA LEYENDA DE LOS EOESES

"Los museos no son el archivo estático de un pasado muerto, sino la presencia ejemplar de lo que es siempre actual porque ha vencido al tiempo".

(Museo del Fútbol Uruguayo)

Embriagados de luz, los círculos que vigilaban la ebria luna volaban hacia el cielo. Los charrúas, arrodillados sobre la agreste tierra o sobre las suaves dunas, imploraban. El paisaje serpenteaba hacia lo lejos. Las leyendas se rememoraban en silencio: muchos se acordaban de cuando, en los recovecos de una caverna, sus padres o sus abuelos les habían contado que, bajo la cancha, un manantial dormía; una vez, los dioses se habían enojado: el suelo se había abierto y el partido se había suspendido por inundaciones. Se acordaban también de Torambalá, la inmortal mujer que había sacrificado su cuerpo a cambio del de su esposo Merendí, el mejor delantero de la historia del fútbol. Había miedo, sí, por dos grandes interrogantes: ¿no se habría ofendido la Luna por el ultraje que había cometido el cacique Oé al jactarse de ser hijo del sol?; y… ¿podrían ganar?

En la playa, acostado boca arriba sobre las tibias arenas, contemplando las lumbres de un efímero fogón que no era sino una llama del eterno fuego, los vikingos oraban calladamente (se puede orar calladamente si se cree que hay un dios oyendo nuestra voz). De algunas de las pinochas o piñas que traerían cien o mil años después

otros europeos, brotaba, para destacarse del naranja y del violeta, una lucecita verde.

La noche era clarísima, y las estrellas eran angostos y larguísimos pasillos que llevaban hacia lo otro, dándole la inmensa dimensión de lo distante. Pero no era tampoco aquello un enamorado de la nostalgia: había en aquel aquello, presente y futuro, tangibles. Tan tangibles y reales como un partido de fútbol. Y como una luna que aterriza en el avión de sus fulgores y que pica besando el piso para convertirlo en cancha, para convertirse en pelota.

El partido iba a empezar. Entre los sauces y los jacarandás, los alaridos de la hinchada retumbaban:

-Barandé… Barandé…

-Eoé oéoéoé…

En un pino altísimo que hacía de torre, un tronco que hacía de mástil sostenía un inmenso pedazo de cuero que hacía de bandera. Una luna que hacía de pelota empezaba a rodar.

(En una torre altísima que hacía de pino, un mástil que hacía de tronco sostenía una inmensa bandera que hacía de pedazo de cuero. Una pelota que hacía de luna empezaba a rodar).

Ganaron los charrúas en la hora con gol de Barandé. Con la luna, volvían al cielo incontables miradas, incontables puños. Dicen que uno era blanco, de un tal Zorrilla de San Martín. Dicen también, que cuando Aristóteles y Julio Verne visiten el Museo del Fútbol Uruguayo, verán, en la primera vitrina, apoyada sobre un modesto pedestal celeste, a la luna.

UN GRAN HUECO

El viento estaba bebiendo luna. El cangrejo lo oía silbar entre las piedras. Era un cangrejo famoso. Era el único cangrejo que había logrado caminar hacia adelante. Había salido en televisión muchas veces. Había ido a fiestas, acompañado por su bellísima cangreja. Pero el cangrejo sentía soledad. Había en su vida un gran hueco. Sólo los aullidos del viento, ese bebedor de luna, le hacían recordar al amor. El viento era como una cangreja más feúcha pero que de verdad lo amaba. A veces, sólo a veces, el agua era cariñosa. Entonces él sentía aliviado su mundo. Pero otras veces, las más, el agua era un lugar hostil.

Un día el cangrejo salió en televisión, en un megaprograma especial, en directo, para todos los planetas. Miró fijo a la cámara y, sorpresivamente, dijo:

-Nada hay en mí de especial, más que la suerte y la desgracia de ser yo mismo, como cada uno de ustedes.

Los televidentes se alegraron y la luna entonces estuvo bebiendo viento.

PÉTALOS

Liliana se enamoró de Beto, el tapicero, uno de los hijos del mejor reparador de vitraux del Uruguay. Iban a la costa a acariciarse los muslos y respirarse un poco y apostar a si tropezaba o no algún ciclista en esa zona de la vereda de granito, llena de baches. Era un juego víspero que había traído un pájaro mimoso y cotidiano, que había echado por tierra a un candoroso adolescente. Tenían sectores elegidos de cielo en los cuales preservaban zapatos que esperaban a los reyes. Ella, decía, los adornaba con la caspa que le sacaba y que, soñaban, serviría de pasto para los camellos.

Un día Beto faltó a la cita. Liliana esperó cuarenta y cinco sudestadas que un reloj devolvía en asfalto inmóvil. Empezó a llorar despacito y cruzó entre los bólidos marchitos, la Rambla. Hacía ejercicios respiratorios para no ahogarse. Veía a Melchor con una suerte de cimitarra en la sonrisa, burlándose de sus sueños. La precipitación demoró su llegada a un bar. Tragó muchas veces saliva y compró altanera la ficha a un hombre desatento. Se dirigió al teléfono desdeñando una ingenua mirada que se posaba en su trasero. Discó los seis números como se ametralla una luna menguante. Ocupado. Volvió a discar. Los teléfonos son mezquinos parteros de miedo. Ocupado. La señal fónica le pisaba la cabeza con pezuñas de camello. Colgó y precipitó pasos lo más enlentecidos que pudo, hacia la Rambla. Ahora intentaba darse ánimo, convenciéndose de lo injustificado de su alerta. Cuando vio a Beto parado con una rosa en la mano, en

vez de cruzar rápido, se sentó a desatragantar sus lágrimas. Los camellos ahora tendrían también agua.

LIBRE Y PRECARIO

Late virgen tu corazón, revoleando a la serpiente que ha mordido la manzana. Lo enchastro de odas de amor, que él recibe buenamente, quizás por su aliento o su necesidad de blindarte como el cielo y de ser engullido por vos como una galletita. Tu corazón baila solo y se sienta, apoya sus nalgas en el rincón más oscuro de un pub campestre, y espera. Me sé lindo como un poema triste a años luz del dolor que lo parió. Rey de copas. Y voy a buscarte, corazón. Voy tranquilo pese al miedo, oriundo pese a los mestizajes de mi alma. Oriundo en tu alma. La que se desliza impalpable en mi silencio, y me sofoca de vos, como una esquina.

Tu corazón late amazonas. Brusco almohadonazo y perezoso almohadón. Toca los discos del cielo con uñas de renacimiento. Mi existencia pronostica que te amo; que me derrito pensativo y te sé mi candelabro. Qué lunes, qué martes, qué miércoles. El eje de la tierra baja de tu obligo a tu lugar y tu corazón lo templa centrado, libre y precario. Sin embargo, tus sueños se desvelan y apoyás la mirada en la copa vacía. Servís una Coca-Cola y con el corazón balando en tus muñecas levantás la bandeja y venís hacia mí.

EL AMOR Y SU NIETO

Dijo el amor a su nieto:

-Gracias por tu estímulo.

El nieto calló un instante y acarició el resplandor de su abuelo.

La luna y el sol se golpeaban, querían ser el amor.

La noche. Cuando es la más opaca. Habló:

-Mis silbidos no emulan maquetas de mundo; mis silbidos son yo, amparo sin fin; y premio al que menos quiere emularse.

El nieto del amor rezó.

Lo hizo como savia. Dirigió sus caminatas, robusteció lo tenebroso de su historia y su piel se estiró sobre sus músculos crecientes.

El viento hizo gárgara de él, y lo celó, como el musgo al deambular de una pequeña moneda.

Dijo el nieto al amor:

-Todos los cazos te contienen todo. ¿Cómo es eso posible?

El amor giró y volvió a girar, flor marchita, arcoíris invisible, y como un ladrido, respondió:

-Yo soy un placard vacío. Lo que entra en mí es placard vacío. Cada placard pinta sus propias puertas.

El nieto se abraza a sí mismo.

-Mis puertas son las yemas de mis dedos, cuanto me esté dado mirar, cada paso de mi andar precario y una rabia inmortal.

MI AMOR NO ES NAPOLEÓN

Llegaban cansados y bajaban sus bultos. Sabían que sus minutos estaban contados. Por eso cantaban y así aliviaban el miedo de sus corazones. Con poca esperanza, bajaban de los trenes, respirando estrellas de David como estrellas de mar. Bajaban como ratas en esa Europa sin memoria. O huían, también como ratas.

Y me he mentalizado y no miro las esvásticas que pintan unos nenes maleducados y sufrientes. Sufrientes como los negros que sueñan con aquietar el hambre y a cambio cargan la cruz de cacareos sórdidos. Como aquellos españoles que vinieron a hacerse la américa y hoy tienen un bar o se casaron con mi abuela o se volvieron a acostarse en casa, realizados o tristes, como la paloma equivocada.

En Río los negros invocan a la diosa del mar. Es mediante ella que se comunican con África, y adoran en ella a Cristo, y en Cristo a la libertad. Y la policía ronda. Y Junior le dice a su mamita que quiere salir en la propaganda de Bento, y mamita le dice que sí, que cómo no, y el dinero solo alcanza para una aspirina y Junior luce cada vez más enfermito. En la puerta, un póster de Romario se va deteriorando.

Un enloquecido grita y grita que es Napoleón y otras cosas. Todos los atardeceres lo oigo, ya sin escucharlo. Usa una boina rara e insulta con vehemencia. Siempre que paso hacia el Retiro le doy una moneda (es una cábala) y me pregunto cómo consigue dinero para fumar y

fumar. Siento a veces que lo dejo ahí. Creo que le tengo cierta bronca y también cierto cariño. Los turistas sacan fotos.

Sheila no duerme. Su compañero no vuelve. El hotelucho no ofrece ventanas, entonces no hay luna. La televisión no despierta. La oscuridad debería de ser total, pero hay como relámpagos, consecuencias de chistes malos del vivir de Sheila, que la amortiguan un poco, no para bien. Sheila tiene ganas de llorar. Como cuando era niña. Pero si llorase ¿quién la consolaría? Para no ahogar su alma, no llora.

1936. El tranvía cayó al Riachuelo que separaba La Boca de Avellaneda. Sigue cayendo. Desde el Buenos Aires de las bolsas rojas, salen trenes de silencios italianos e indios hacia el interior. Salen cada vez más vacíos. Es como si temieran al tranvía repleto de obreros que sigue cayendo, mudo. Sin alardear. Sin la miseria espiritual de las revistas.

Mi amor relincha amamantada por historias así, las crines indomables, la sonrisa-lágrima estirada como una Gillette en los sueños, las manos en abrazo a lo Cristo, me contempla y taconea su plegaria en sí menor. Se vuelve omnipresente. Regala a Dios una reojeada de bulldog y me sopla un poquito y es como si me amamantase. Empiezo a dormir.

PAPÁ NOEL Y LOS SIETE ENANITOS

Yo había tenido muchísimo trabajo para aquella Navidad y fue por eso que llegué tarde. Tuve que atravesar todo el bosque: árboles verdes mezclados con plantas verdes que cubrían el pasto verde. Estaba cansado y casi renuncio, pero gracias a Dios insistí. Con la noción del tiempo, había perdido mis esperanzas. El cielo verde me agobiaba. Se me rompió la brújula, se apagó mi linterna y me di por muerto. Corrí desesperado, guiado por una mano a la que no veía ni palpaba pero que estoy seguro, estuvo allí. Choqué de lleno contra un tronco y caí.

Me levantaba cuando vi una hermosa casita con tejas rojas y paredes blancas, adornadas en sus bases por rodajas de piedra grises colocadas a modo de zócalo alto. Un precioso farol iluminaba su frente. En mi precipitación me dirigía a la puerta cuando recordé mi misión.

Hice pie en el borde de una ventana y subí al techo: había que cumplir con las costumbres y entrar por la chimenea. Hurgué en mis bolsillos hasta encontrar la lista: siete regalos; eran justo los que me quedaban. Todo estaba bien, pero aquel no era el olor de mi rutina y yo presentía algo. No había nada frágil así que tiré la bolsa para luego hundir mis pies en el vacío. Apoyé las manos con fuerza y me dejé caer de a poco; ¡ya estaba! Fue entonces que comprendí que había llegado tarde, o quizá se madrugaba demasiado en esa casa: siete enanos me miraban.

Los examiné uno por uno.

El primero era totalmente amorfo. Costaba compararlo con un ser humano, aunque no dudé que lo fuera. Hoy me avergüenzo de decirlo, pero en su momento, me inspiró miedo.

El segundo era la antítesis. Parecía un muñequito de porcelana. Tenía el cabello rubio y rizado y los ojos marrones y brillantes. Sus cachetes pícaros se sonrosaban maravillados de su propia sonrisa. Si calcularle la edad a un enano es de por sí medio imposible, calculársela a éste, lo era del todo.

El tercero se me antojó un pirata en miniatura, ya que la rudeza de sus gestos, de su barba negra y sobre todo de sus ojos vacíos denunciaban una virilidad excesiva. Sólo le faltaba un garfio, un parche, o tal vez, una pata de palo.

El cuarto se pintaba los labios y los párpados. Más aún, desconfío de la autenticidad de sus cejas. A no ser por sus piernas velludas, habría jurado que era una mujer.

El quinto tenía una túnica griega, blanca. Usaba anteojos de líneas negras a través de los cuales contemplaba solemne.

El sexto era ciego. Sin embargo, me estaba viendo y yo lo sabía. Es más: tuve la rarísima impresión de que me conocía mejor que yo mismo. Me sentí hijo suyo sin saber por qué. Mirándolo fui más denso, más palpable que nunca.

El séptimo, a diferencia de todos, no se había parado, y seguía sentado en su sillita verde, desayunando en una mesita redonda, de madera.

El primero que osó abrir la boca fue el feo: “Papá Noel”, me identificó. Yo debí haber huido –tengo terminantemente prohibido que me vean- pero la sed me acababa y les pedí agua.

-Por favor, -les dije- yo no debo ser visto. Denme una jarra de agua y me voy.

-Te la daremos, te la daremos- accedió el amorfo.

-Pero con una condición- negoció el de la túnica.- Antes de partir tú responderás una pregunta a cada uno de nosotros.

Titubeé, hasta que cedí. Nunca me habían reporteado y tanta gente a mi alrededor me cohibía. Vino la primera pregunta. Era del feo:

-Papá Noel; ¿por qué me temes?

-No; yo no te temo. Tú temiste que yo temiera al verte.

-Papá Noel: ¿quién es el más lindo de nosotros siete?

Me molestó la pregunta pero respondí la verdad:

-Tú.

El tercero permanecía callado por eso el de la túnica mandó:

-Tu turno Macho.

-¿Por qué el año que viene no nos regalas siete mujeres?

-Yo regalo objetos, no seres. A tí, ¿te gustaría que te regalaran?

-Ahora tú, Rosa.

-¿Por qué siempre me traes regalos para hombres?

-Porque no sabía que eras afemina… ejem, que eras una mujer.

Era el turno del sabio. Me miró pensativo y susurró:

-¿Cómo haces para recorrer el mundo entero en una sola noche?

-Sólo Dios lo sabe. Yo no lo sé. Si supieras con qué facilidad me pierdo. Y siempre llego a destino…

-A ti, soñador- murmuró el quinto.

Me sentí mejor que nunca. Con un vigor íntimo que jamás había tenido. Entonces el cieguito preguntó:

-Papá Noel, ¿tú eres mi padre?

-Es curioso; yo al contrario creo ser tu hijo.

-Tú Realista- ordenó el sabio.

No hubo respuesta, ni pregunta. El séptimo enano miraba absorto como sus seis hermanos hablaban con el vacío.

ESPUMA
Fragmento

Lleva un Principito en la mano. Da vuelta la cara para mirar el hospital que abandona, no sin nostalgia. El día está soleadísimo. Hace una broma a uno de los dos amigos que lo acompañarán en el coche. Cuando consiga trabajo, él terminará de hacerse cargo de su vida. Mientras tanto, le alquilarán una habitación bastante aceptable, en un barrio pobre. Piensa que la amistad llega a veces a ser más grande que el cielo. Y es verdad. Se emociona de sentirse querido, luego se nota sensible por emocionarse por tan poco. Descubre entonces otro plano de la realidad, que no corre paralelo a lo fantástico, sino que refiere a la subjetividad de las cosas.

Acostado en la cama, ojos patinando el descascarado techo, recuerda a Gasién. Jamás volverá a verla. No habría podido amarla; tampoco podrá olvidarla. Pero eso pasa con tanta gente… Sin embargo, en él, siempre un ser predomina. Y la lejanía de ese ser puede hacerlo tropezar con chapitas de cerveza, y aterrizar cercado e insólito en cualquier esquina vacía. No está alegre, ni está triste. Prepara un té, lo sirve, ver como una taza es única en la mesa lo hiere. Huele en el aire un impacto que sentirá y sintió muchas veces. Sale a caminar, como quien vuelve a buscar respuestas que no existen. Compra el diario, solamente por los resultados deportivos. Tridente ganó, pero el campeonato local ya lo tiene perdido. Yarensis también ganó pero lo critican, quizás porque los dueños del diario son hinchas de Tridente. En algún lugar de la

ciudad tranquila hay fueguito y él comprende que asar ronda en cada una y todas las esquinas. Intenta ahogar sus neuronas antes de que una idea no deseable aparezca, pero esa herida silvestre, su ex mujer, no se evita. Intenta desobsesionarse, lo que transforma en quince minutos su cuerpo en un motor.

Nada en su propio silencio, y sus brazadas son un gran cucharón de madera. Sus ojos se achinan, y recién sugieren el tal vez predestinado paseo. Ha anochecido y él se viste con un traje gris, y vacila entre cuatro corbatas para decidir que no llevar corbata le da un encantador aspecto informal. Luego recuerda que ella está, aunque no veraneando, en el balneario. Razona que por razones de horario le convendrá viajar al otro día, y se desviste y se acuesta a intentar dormir. Enciende un cigarrillo, y entonces se entera que él fuma. Lo hace despacito, como quien saborea la protesta que contiene el hecho de quemar sus propios pulmones. Después toma alguna pastilla, de las que le recetaron en el hospital; se da cuenta de qué protesta habría sido no tomarlas.

Se queda dormido. Despierta y, al infimérrimo rayo de sol que entra por la ventanita, se alegra de no haberse orinado; por unos segundos, es feliz. Se le ocurre afeitarse, piensa en solicitar el baño, desiste, una ducha sería discordantemente vital. En cambio, lo de afeitarse es imprescindible, y en la habitación tiene espejo. Se dice que ha desechado bañarse por timidez. Luego se cuestiona, casi comprende que va a dar más que hablar el que no se bañe. La máquina es vieja y tiene olor feo y él se acuerda de que su madre la usaba por zonas prohibidas, poco antes de morirse. Precisa un wáter, y ya animado por el propio tañido del día, osa deslizarse hasta el baño. Está vacío. Tiene losas blancas separadas por losas negras

de una parte superior en cuya pared se ve pared. Es muy pulcro, pero él en realidad no se ha fijado en eso.

Se viste y no se pone corbata, por respeto a la decisión que había tomado ayer. Hace hipótesis respecto a cuánto le costará el pasaje; ya está caminando rumbo a la terminal. Durante el viaje él no existe; es raro que exista durante los viajes. ¿Qué quiere decir que no existe? Simplemente, que se deja llevar extasiado por el ruido de las ruedas, y raro es que reconozca que está vivo. Sucede que en él, uno de los principales síntomas de vida es el dolor. Camina por el pedregullo –ya está vivo de vuelta- y se detiene, como es lógico, frente a una casa pequeña y a medio hacer. Mira y ella está, sentada frente a un televisor inagotable. La vio así muchas veces, y muchas se preguntó qué busca en la vibración quietísima de esa pantalla. Pero él no se miente, y sabe que no es realmente ella lo que le preocupa, sino ella en su relación con él. Entra, y ella lo mira, y él la saluda, y ella lo saluda con cariño nervioso. Se preguntan "¿cómo andás?" y ella, por hablar de algo, le toma el pelo con el resultado de Tridente. A él eso le parece tan distante, que sonríe. Y trata de depositar a través de sus ojos más de lo que está dando, y ella sabe muy bien a qué él ha ido, y domina la situación y especula. Él le mira los senos, y recuerda que tuvo sus manos y hasta su boca en esos senos que ahora ni siquiera puede mirar sino a través de un buzo. Ella desea que él la bese, pero no está dispuesta a permitírselo. Su actitud insinúa todo; él entra en relativa confianza y le dice "qué linda estás". Ella le agradece y lo invita con un café. Curiosamente, él siente que su motor se va tranquilizando, y, mientras acepta, se cree libre de innecesarias naftas, dueño de la estación que lo abastece. Ella viene con dos pocillos repletos de negro y a él lo surca no haberla embarazado. Entonces quiere preguntarle…

pero se nubla y saca un cigarrillo. Ella aprovecha para decirle: “Sabés que tengo novio”. La lengua le tararea en la boca, a él. Intenta disimular su furia, pero a los tres minutos le está gritando “sos una puta”. Ella no sabe si disfruta. Y si disfruta, no distingue si es por verlo furioso o porque se siente halagada. Está segura de que no está ofendida, pero pese a ello lagrimea. Luego lo acaricia, generando en él un dolor masoquista. Otro dolor. Él ya se ha calmado y se está disculpando. Ella le dice que él no tiene derecho a decirle esas cosas. Él le pide que deje al otro. Ella le contesta que la perdone pero que no puede. Mientras, se acarician las mejillas. Cuando él le propone reiniciar el matrimonio, llega otro tipo y la besa.

Él se va.

A MOTU YANEY

–Vote "NO".

La voz era casi un susurro, pues temía a los oídos peligrosos. La peatonal estaba llena de pasantes que la caminaban de memoria. Dos por tres, nuestra marcha se detenía para arrimarle una moneda a algún lisiado, escuchar a algún demagogo sin carisma o, cuando no, para mirarle el culo a una mujer. No faltaba tampoco algún buscavidas ofreciendo cambio negro. Enterré sin querer mi pie derecho en el cuadradito de tierra que sostenía a un árbol joven y a la reja cilíndrica y blancoherrumbrosa que lo protegía. Eran alamedas recién plantadas, espaciadas por unos cuatro metros. Unas pequeñas baldosas rectangulares cuyo largo duplicaba a su ancho, teñían el piso de gris oscuro. En los bancos verdes yacía algún personaje melancólico, amputado de un tango. Los quioscos también verdes ofrecían revistas viejas y diarios. Las lámparas verdes destacaban aguardando la noche. En fin, el hollín gris y las verdes montañas pintan aquella ciudad.

Y así, abriéndonos paso entre caras aindiadas de noble y honestísima humildad, llegamos a la Catedral.

En su puerta, una señora mendigaba desde su silla de ruedas. Le dimos solemnemente tres piezas de cobre que recibió con efusividad exagerada. Ya estábamos entrando al templo cuando el repiqueteo de un tambor nos retuvo. Nos acercamos y entreveramos entre el auditorio espontáneo que integraban unas cincuenta personas. Era

un bombo con lonjas de acrílico transparente. Calculé su diámetro en sesenta centímetros. Lo cargaba sobre su espalda y lo percutía empuñando hacia atrás dos palos apenas pulidos, un niño.

Diezañero, indio sin duda. Vestía una remera roja, y un vaquero gastado de ningún color. Al lado suyo, otro, menor aún, hacía con un instrumento más chico esfuerzos que no prosperaban. Sin embargo, el tañido se intensificó: ahora, los pies del hombrecito bailaban, corrían y saltaban, dando al espectáculo vehemencia. Estaba volcado hacia adelante para soportar mejor el peso. Los golpes eran rápidos, nítidos y convincentes. Aguantó uno…, dos…, tres…, cuatro…, cinco…, seis…, siete minutos así. Cambiando de melodía, pero sin jamás detenerse. Se incorporó de golpe en el suelo y se dispuso a pasar su cajita de zapatos.

A la hora de los pesos, obviamente, muchos huyeron. Pese a esto, los que gratificaron fueron unos cuantitos. Nosotros no teníamos más plata. Olvidándonos de la iglesia, nos alejábamos lentamente, pensativos.

No habíamos caminado una cuadra cuando un tamborileo lejano invadió nuestros tímpanos.

MARTA

He reservado un lugar en el terremoto de una mujer que me amaba. Hablo de Marta. Dudo que sea por la piedad que despertaba verla bañarse en una canaleta de riego, aun en invierno. O haciendo dedo en una calle de polvo, su belleza engordada de cielo y de campo. Mi espíritu la merodeaba como una sombra irrespetuosa. Su hijo, un niño insoportable, y su hermanito, hoy militar, sabían que yo era un imberbe lunático y les encantaba escucharme orar en mapuche. Su madre obesa y gritona sabía de sobra que mi mapuche se limitaba a variaciones extravagantes con la boca de las precariedades de la angustia. Pero el juego divertía. Decoraba un poco los ladridos de la noche o las embestidas de los perros. Yo odiaba entonces ferozmente a los perros. Ignoraba que andados años, una perrita con corazón de gata iba a salir de su caparazón a contagiarme su rabia de amor.

La vegetación de lo de Marta era siempre igualmente verde. En cambio, el interior del rancho mejora; ahora hay televisión, video, y el niño salta sobre una cama grande con una colcha multicolor.

El padrastro de Marta vive arriba del camión. Se acostumbró al sonido del motor, a llevar a algún hombre so riesgo de que sea ladrón, para no dormirse, o simplemente avanzar calmo, en la luz o la oscuridad. Defiende gramo por gramo el trigo de su patrón en una enorme bóveda, en Sodoma. Recuerdo cómo se mordía los labios antes de hablar de política frente a mí. Le admiraba mi

lunatiquez y la despreciaba un poco. No le intrigaba el asunto.

Se comía ahí sabrosísimos tomates. El baño era un hueco de madera.

Un tío mío, a quien debo la vida y muchas cosas más, merodeaba en un jeep. Un día me advirtió que había decidido, sin razón alguna –que quedara bien claro- pasar seis meses furibundo. Por cierto que lo agradezco. Me prohibía visitar a Marta. Le regocijaba verme enojado para recordar sus horas jóvenes e iba ordenando de a poco, con paciencia de orfebre, mis sueños desbocados. Se quedaba en la noche hablando solo con el vino, recitando Neruda, insultando a esos "verdejos del rocanrol" que piensan que inventaron el alcohol y la droga y son la meca de lo establecido.

Eran momentos de dolor feliz. De compartir la consagración de un vivo con sus nietos, y yo, el carozo arriba del helado, me fugaba hasta que me fui.

No soporto la emoción de desengalletar tanto ril.

Marta es hoy cajera de una farmacia, por más de un sueldo mínimo. Luce un evocativo color en los labios, buenos como su seno cuando amamantaba al niño que cumplirá pasado mañana once años. Fue admirable cómo, ella que ni me besaba delante de gente, ante el llanto de la criatura, no vaciló mostrar su pecho a una docena de campesinos.

Me sonrojé. Después, los rubores de Marta se cayeron de mi camino, igual que llaves que perdieron su puerta. Mis amaneceres van encontrando su único paisaje. El cosmos es un asunto raro.

TEMPLO OLMEDIANO
a Alberto Olmedo

Es refrescante un viento corajudo para el calor que sofoca. Mientras los países se deshacen y la Tierra se deshidrata, yo miro y mido formatos espaciales. Disfrutar más la vida. No es igual ser loco que loquito, ni menos ser loco que criminal. Así, me asumo loco para siempre, mandando a los retretes toda información sobre utópicas libertades que me dejan más solo que el uno. Una chica me cuenta que es adoptada, que fue violada a los catorce años y que su madre agoniza en el Pereira Rossell. ¿Qué es estar loco sino morir como un rayo?

El tambor, brujo. Una noche de verano yo te besé en Saturno. ¿Qué es la vida carajo, sino el brillo de poesía eterna ante su muerte? ¿Quién es El Señor sino Alberto Olmedo? ¿Qué es más loable que la envidia? Los roedores y sus pieles satánicas. Después las oraciones de los muertos que vuelven a nacer, Dalí aconsejándome que conceptualice a Concha. Pero hay pintadas preciosas en las paredes de Montevideo. Tanto, que en algún momento me sacaron las ganas de pintar, hasta que en Buenos Aires se revalorizó mi pintura. No hay en el universo nada comprensible. Ni siquiera descartes que Descartes estuviera equivocado y que ni pensamos ni existimos.

La lluvia caía llena de codicia en el verano madrileño y por la ciudad semivacía se olía la caracola infernal de los domingos, la lentitud del domingo, su conjetura y su muerte. Y año tras año el relámpago linyera de una

historia triste y cargada de conflictos. Por ejemplo, que pierdo el pasaporte. Por ejemplo, que los millones de serafines que pueblan mi casa se arrodillan ante el querubín al que cantaba Mateo. Caminar media cuadra hasta el bar. Cada día estoy más loco... ¿Y qué? No entiendo cómo los mismos que ayer pintaban mi alma de resurrecciones ahora hablan imbecilidades sobre mí. Como si entre una ida al baño y la otra...

Creo que económicamente estamos mejor. El gobierno ha hecho las cosas mejor de lo que yo esperaba. Ya no percibo. Tengo una Concha en la cabeza. Las carreteras, Kerouak, Bukowski, rostros de Grecia, rostros de alemanas. ¿Y si anulo mi voto para siempre? ¿Y si grito un gol hasta que el Dios estalle y el sol se nos escape y no quede planeta? Cada Dios hará de Dios su nueva vida. Los llantos de amor son largos. Concha también está llorando. Seres verdes del Bien en una de esas películas maravillosas a las que me lleva mi hijo. Mi panza, cierto aburguesamiento, mi nocturnidad. Montevideo, estoy emigrando. Con amor y con dolor. Te lloro largamente.

Sé que entre tus ojos de búho he muerto acribillado para siempre. Y desde la muerte escribo párrafos con los que Dios me consuela y me premia para siempre. Sé lo que es ser un bicharraco en medio de una estrella apuñalada. Mientras la Tierra flota en el espacio, mi panza se desangra viva. Mi soledad es hermosa y durísima. Concha me abraza en el cielo.

Apagones como muertes. Violaciones y noticieros. Tristeza, como un corazón. Hoy como ayer hay dos presos en mi alma: Concha y yo. Soy el trigo que nunca creció, que nunca amaneció de una vieja tristeza. Con orgullo me dijo que él sólo vendía, que no consumía. Y una cuidacoche ya no puede besar porque le mete miedo

a la gente. Los políticos, los medios de comunicación, nosotros. A veces creo que Concha es mi salvación en esta lluvia ácida de sexo y puñales. Ya ni al fútbol quiero ir. Y estoy loco. Hoy Poseydona es psicóloga en Melo, Susana pinta, Paola trabaja para la difusión de mi obra. Ese cuadro que representa una licuadora. Mi madre está viejita. Tiene principio de Alzehimer. Yo agarro la metralleta de Melancolius y extermino mi ciudad. Mi corazón jamás haría eso pero qué abandonado me siento con estos ojos cansados.

El tiempo la hacía más impredecible: la tierra la hundía en microdios. Mientras la enterraban, mis ojos eran vidrios. Después ya no pude ni pensar ni hablar ni llorar. Sucede que el amor trasciende cualquier forma de arte. En algunos años, yo también morí para estar con ella. Golpear un vidrio y hacerlo trizas y cortarse, eso hizo ella. Me quedo, entre toneladas de calumnias. ¿Cómo sentirme feliz, si las molduras de la luna me han aplastado? La noche bonaerense traspasa sus cuchillos. Las mentiras de los diarios reinan. Queda la muerte. Estoy viejo. Recibo muchos reconocimientos pero estoy triste.

Suena en la radio el concierto de Paul MacCartney. La tibieza de Dios se manifiesta como siempre, en una nueva ella, esquiva, gambeteante, llena de amor y de grandeza, expresión de sí misma hasta que la luna estalle. No quiero estas visiones de platino que desde todas las guerras relevan mi muerte divina, Dios. He dormido de más. Sufro mi Tierra como Dios sufre su alma. Lo más pequeño. Ahora todo es bravo, el cuento de que puedo sobrevivir a mis tristezas y alegrías. De un lugar al otro, de un canto a un grito, de un cerro a un basural. Mi mundo se empobrece. Pero tengo fuerzas, más allá de mi timidez. Algunos toman drogas para volar. Yo

tomo pastillas para aterrizar. Tanta preciosura de Dios me maravilla. La muerte es alta como soles y precipicios. No hay bioquímica para mí esta noche. Todos mis conocimientos del ser tambalean ante mis dudas. Creer que alguien me protege. ¿Quién? Los días saltan, la gente veranea, yo nazco. ¿Qué dirán de Ramiro Guzmán los que no fueron amigos de Ramiro? El vehemente, el loco, el tonto, el genio, el pedazo de pan. ¿Qué dirán las mujeres que estuvieron a mi lado en mi enfermedad crónica, que no me salva, que no me justifica? ¿Qué diré yo de las tropas en Haití?

La fluidez nace de una creatividad remota y de un porvenir crístico que desconoceré. Todo amamanta en la vaca mundana donde Concha es Dios.

Fuera de contexto los agravios dolían más. La sociedad era una maravilla salada. Abortar el tiempo, terminar la eternidad, eso querían los escépticos. Yo en cambio sólo pensaba en adentrarme en el velo de Isis como en todas las mujeres del planeta. Concha me daba fuerza e inspiración. Tras una larga vejez, rejuvenecí, y mi interior es nuevo a pesar de mi barba ya blanca. Había dejado de tomar coca cola y estaba más flaco. El afecto de mis padres y mi hijo me hace feliz. Si tenía que morir ya o nunca era lo mismo. Como Cristo, me sentía un elegido. Escuchaba las canciones más hermosas y tristes. Después correr por toda mi casa inmensa. Todos los meses venía una gordita hermosa a darme una inyección, y tomo todas mis pastillas en hora. Mi casa es un manicomio de lujo donde se puede entrar y salir según mi antojo. Toda mi locura era una escasa espina en el pescado de viernes santo. Mi primer amor adolescente, la muerte de mi perrita. Pero hay fuerzas, y Concha va con fuerza para que no la roben. Nos brota la paz por

la sangre como un coraje clínico. Estoy loco y porfío riñas de perros y cautiverios a mansalva. Ya lo he dicho, la sociedad de consumo es mi Dios. Los parlantes acartonan para que recojan los pobres sus miserias. Dime mi amor, mi Concha, por qué la lluvia no me apacigua y sigo tejiendo literatura inmortal de la que no venera eclipses ni farándulas. Dime, mi amor, cómo sigo desde arriba a abajo con el novelar del carisma de mi pueblo. El aire robótico me aliena y siento el verdor del perfume de Concha enamorándome. Soy como lo lindo del jardín japonés, sus peces de colores. Floto sobre el estuario como una nave muerta. Poco a poco los siglos me disfrazan de nueva en esto de modelar. Locura como si al costado de todos los parques un granuja azul me tirara a matar. Soy como la franqueza en llamas, cuando quieren matarme por mi sinceridad. Hay de todo. Panes multiplicados por Cristo, metástasis que se llevaron seres que Cristo acunó en su Paraíso, con sus salvaciones minuto a minuto más serias. ¿Por qué me he convertido al cristianismo? Es un asunto pura y exclusivamente de fe. La tristeza de mis símbolos viejos brilla en los ojos de Concha como símbolos contentos. Después, antes, la voz de esta guerra es un apoteósico canto de mosaicos que estallan erráticos por toda mi casa. Tengo que cuidar las marionetas del juego político. Viví treinta y seis años y todo lo demás es obra póstuma. Pero me encanta escribir como las piedras. Sus formas. La noche cuadrada transcurre de ángulo en ángulo. La poesía y su vuelo prohibido agachan sarcófagos a los Simpson. Es que soy testigo de estar toda la noche escribiendo como lato animal después de toda mirada ajena. Soy ángel de la guarda de Saint Germain y muchas cosas más, como quechua y lechuza. Es verdad que Concha se arrodilla plena en imaginarse dentro del libro con fotografías del

museo del Prado que yo le regalé. Como mi versión del eunuco. Cuando me vaya seré jardines y moscas y panfletos. No hay ni tallos ni vergüenzas en el eco de mi alma fustigando marfiles falsos. Van cayendo las lágrimas mías en el tiempo como se aglutinan las verjas y las mansiones de luto, donde el giro presidencial ofende. Hay que ver que soy un pobre tipo, midiendo llantos y topless suburbanos. Después, la mejor utopía, la vida, ella también desnuda y olfateando. Le regalé a una puta amiga mi televisor. Pero eso no es relevante. Lo relevante es que muerdo día a día las más dulces naranjas. ¿Cómo puede ser que tanto tiempo sea vida? Hay que seguir. Porque así es el arte con su propio cansancio, sus nidos de fuego, su giro imprevisto. Pasan muros rebeldes. Mi cerebro está descerebrado, de izquierda a derecha.

¿Es la luna mi reencarnación? ¿Pueden los bueyes arar mi corazón maltrecho? ¿Soy cada vez más feliz? El mismo barrio y todos un poco más viejos. Tomando un cortado tras otro, o un whisky. El bar luce mi vida y la hace explayarse espiritualmente. Ya peino canas. Jorge es el mismo de siempre, vehemente y afectuoso, pero su pelo ya está completamente blanco. La gente trabaja bajo el sol fugaz de un día totalmente otoñal. Me arrodillo a rezar y mis pedidos se ponen a trabajar en mi alma. Mágicamente, Jesús se aparece ante mí. Me agradece los servicios prestados y me nombra carpintero de su reino, un templo olmediano.

ENFRENTE AL QUILOMBO ROSADO

Enfrente al quilombo rosado vendían chorizos. No los calentaron bien pero no nos quejamos. Al lado había un boliche, y entramos a pedir una Coca-Cola. El frío arañaba la herrumbre de la chapa de la puerta. La Coca valía mil quinientos pesos. Yo imaginaba una grande, pero nos trajeron una chica. El que había servido tenía pinta de gallego, pero no lo era. Aparentaba unos cincuenta años, y sus pelos, simpáticamente despeinados, hacían juego con su sonrisa de niño.

Pero no era él lo principal de ese boliche: sentados en el fondo, con un vaso de vino en la mesa, dos tipos tocaban tangos. Uno lo hacía con un bandoneón, y sobre el bigote como el fuelle, sus ojos enceguecidos de lejanía. Lo cubrían un buzo azul y una bufanda gris, y bajo los pantalones marrones, unos zapatos negros tan poco lustrados como los ojos. El pelo y el bigote del otro ya estaban encanecidos, y sus dedos oscuros rasgaban la guitarra como quien da información a una máquina de tiempo.

Gerónimo pidió una grappa con limón, sin salir del mostrador. La probé y me quemó la garganta. Una mesa más atrás de los músicos –el boliche era chiquito- se sentó un par de bigotudos flacos y desgarbados con una agradable manera de ser horribles. Empezaron a tomar vino y a fumar, mirando el marrón donde se guardaban los refrescos, con las piernas cruzadas –quizás para somatizar su existencia-.

Miré los banderines de Rampla, de Cerro y de Danubio. Me dolió que en un lugar tan parecido a mí faltase el amarillo y negro. Me giraba el polvo, el temor al sida, y otras agujas que removía la música. El del bigote blanco empezó a cantar: decía algo del mar en su inmensidad, de un barco carbonero, prisionero. Uno de los flacos entonaba para sí. El otro asentía con la cabeza, y balanceaba apenas todo el torso. Cuando estaba empezando otro tango uno se levantó y depositó un billete de mil. Me fijé en que andaba sin medias, lo que me llamó la atención, dado el frío.

Yo ya me había convencido de que el del bandoneón no era ciego. Reparé entonces en el forro apretado entre el instrumento y sus piernas. Rimaba como la cajita de propinas, por una dulce manera de estar quieto. Tras finalizar el tango, desdoblaron el billete para apoyarlo sobre los demás. No sé cuál de los dos fue, ya que lo mismo iban a hacer con cada billete que recibiere, alternativamente, uno u otro.

Gerónimo me miró vacilante:

-Le voy a pedir un tango.

Recordé que Gerónimo solía cantar tangos. Iba a acercarse cuando el de la guitarra habló.

-Sabés que leí en las cartas de lectores de El País que un tipo pedía reconocimiento para Juan Carlos Leivas. Hizo una donación importante, parece. Está ciego, le amputaron una pierna…

El otro movía la cabeza solemne.

-¿La juventud puede pedir algo?- Gerónimo se animó.

-Cómo no. Para eso estamos.

-Tomo y obligo, ¿puede ser?

Lo tocaron enseguida. Gerónimo cantaba, y yo pensaba que tal vez no fuera cierto que todas las mujeres dieran muy mal pago, pero que en todo caso eso importaba poco, ya que en ese momento lo sentíamos así. Tocaron Malena, mientras un auto paraba frente al quilombo rosado. Pensé en los huevos que ponía el Polaco para cantar María o como se llamase el tango. Estuve a punto de pedirlo, pero supuse que quizás no lo cantasen, y ejecutado solo no me interesaba. Puse una moneda de quinientos pesos y Gerónimo un billete de quinientos pesos; me fijé hasta qué punto se había devaluado el peso.

Llegó un cuarentón y empezó a pedir folklore.

-Vos no jodas. El día que pongas, pedí- dijo el del bandoneón.

-Nunca pone un mango y encima viene a pedir folklore a quien no lo tiene- agregó el del bigote cano.

-Mi Buenos Aires querido- pidió el de los lentes.

-Sos porteño ahora…- y hacia el guitarrista –Vos no le des bola, a ese gil no le des bola.

Siguieron discutiendo, como en un juego, en una rivalidad con sabor a pan de cada día. Luego otro tango, que por lo que pude escuchar no era del repertorio de Gardel. Gerónimo aceptó un Nevada y convidó con sus Fiesta. Nos despedimos, mientras ellos elogiaban las condiciones de Gerónimo para el canto.

Eran las tres de la noche, y en el frío mi sonrisa se agarrotaba. Cruzamos la vía, no sin antes hacer pichí.

En la terminal, los cuerpos semidesnudos de hacía dos horas se apretujaban en la puja con los borrachos para conseguir asiento.

EL SOLO

No sé en qué parte de la Tierra ni de qué milenio futuro narro. Lo cierto es que un tipo caminará solo por un mundo completamente inanimado. Todo menos él será objeto. No soplará el viento ni se moverán las aguas; no cantarán los pájaros ni bailarán las niñas. Los seres: momias. La existencia yacerá cataléptica, muerta. Y en medio de todo esto, mi vagabundo rogará por la más nimia compañía, por el más insignificante sonido. Ya medio loco el hombre saltará y gritará entre caras estáticas que no lo oirán. Las escupirá, las golpeará, pero nada. La quietud parecerá eterna; el silencio irrompible.

Mas un día, en menos de un segundo, todo estallará. La civilización seguirá corriendo sin saber que una vez paró. Altísimas velocidades volverán a ser desarrolladas: miles y miles de quilómetros por hora. Los ruidos serán constantes; nada ni nadie se detendrá. Entonces nuestro hombre buscará:

-Señor…

-¡Señora!

-¡Oiga…!

-¡Por favor escu…!

-¡Alguien que me tenga en cuenta, que me hable!

Y cada vez más loco, el sujeto seguirá solo como antes, en silencio…

Porque silencio es el ruido cuando no se le escucha, porque es quietud el movimiento cuando no se detiene; porque en rutina se transforma todo lo que es siempre.

EL LAUREL DE CEBADA

El mar, que siempre había redesgastado las rubias arenas, se multifurcaba en trepadoras cataratas ahora. Soñadoras cataratas que emergían del oleaje al chocar con la barranca, y, como dando un salto mortal, retornaban a las aguas.

A mi alrededor, como aves de rapiña, se paseaban los duendecillos blancos. Y me contaban qué había sido de ti, esmeralda perdida en un sillón de esta humanidad. Me decían, por ejemplo, que despreciando los estudios tú habías dialogado con los ángeles-cocodrilos, que tus ojos de poetisa habían hallado en su coraza verde el material necesario para componer tus cinco mejores canciones. Me decían también que el clima era más que crudo en tu casita, que tu pecho caliente apenas sí encontraba oxígeno en el aire, que tu dulce voz casi no retumbaba.

Era como si el arte hubiera volado tan lejos que ya ni en tu voz se acunaba, era como si tu música sonara sola manuscrita por flautas. Te habías transformado en un laurel de cebada que, borrachera de por medio, bautizaba niños en los cantegriles, hacía de cada espejo un cuadro, y de cada cuadro, mil cuadros más.

La pureza de tus escotes ingenuos aparecía ante mí como un lunar recién pintado en el cielo. La piel de tus piernas desnudas que llegaban hasta aquí bailando entre los duendes se asemejaba a un extasiante encarcelamiento. Cómo voy a olvidar el primer sueño, el primer minuto en que te besé. Fue, me acuerdo, la primera vez

que me zambullí austeramente sobre las ávidas aguas. Las disparidades de la barranca desfilaron ante mis ojos, y luego, como remolino del alma, el chapuzón. Después, precipitadamente, me así de los barrotes y trepé por la escalera de hierros ya despintados por el furibundo mar. Arriba, con mis pulmones repletos de pureza, se mezclaron nuestras salivas y la sal, ¿te acuerdas? Risueñamente, el cielo caminaba sobre las estrellas, y mis ojos eran tus ojos, y tus ojos eran mis ojos, y tú y yo somos nosotros.

BURACO EN SOMBRAS

La luz del día estaba delineando al hombre como si quisiese darle rasgos sistemáticos. Sentado, con la espalda un poco curvada y las piernas filosamente estiradas, desmedía las dimensiones de la casa. Su cara atestiguaba un cortecito, víctima de una afeitada reciente. Sus retinas tranquilas regulaban algo que podría llamarse leve jadeo. Se las veía escapadas de todo, de casi todo, de todo lo que no fuese esa tela pintada y fija en la pared blanca.

Era un cuadro nuevo. Representaba un colmillo achuroso que se insertaba lentamente en el hombro triste de una mongoliana. Se veía un pétalo en el pecho de la hembra, que apenas aparecía. Un rose mínimo habría bastado –pensó el hombre- para que la piel se derramara en silencios. Pero la escena no se le antojó simbólica sino nítida; nihilista tal vez.

La contemplación le permitía presentir un lloriqueo. Sobre las sillas aleonadas descansaba también el aire invisible. Y el hombre palpitaba esto mientras, desde sus omóplatos, se levantaba. Caminó con poco ruido sobre las baldosas anchas del parqué. La puerta que se abría dio lugar a la magnificencia repetida de la bóveda celeste. Cruzó el jardín de plantas ululantes y llegó al portón metálico. Después se sorprendió sobre piedra de vereda, lo que duró unos tres pasos. Enseguida estaba acomodándose en el Falcon rojo –siempre entraba por la derecha sin mayor justificación-. Dio contacto; luego, largando

el embrague, aceleró. Se sintió (como pocas veces) importante.

Iba rápido, pensando en los árboles que iban a contramano igual que siempre. Se fijó en el modo en que su mente reparaba en su manera de razonar. Y en los postes, a contramano también, haciendo desplazar su cable infinito. Casi sin darse cuenta estaba activando el freno de mano.

Se bajó por la izquierda, y el paisaje era portuario a unos sesenta metros de él. Fue hacia un costado, por un pobre pastizal. Había una choza hecha con troncos viejos. La atravesó como un balazo. Ahora miraba el pasto verde. Su atención se apoyó en un pozo al que nombró, en su cabeza, agujero. Se acercó al él en constelación espaciada. Constató que hay un sinnúmero de cosas más trascendentes que un buraco en la tierra. Iba comenzar el descenso cuando la bocina de un barco le destapó el pecho. Por fin, puso un pie sobre un peldaño de madera.

Ahora, en una especie de salita, había, sobre sillones dantescos, dos hombres. Uno usaba el pelo muy largo y un amplio bigote. Sostenía un mate en cada mano. El otro era rubio y sus hombros parecían anchos.

Desde el fondo, en una claridad mínima cuyo origen era poco deducible, una dama treintona apareció. Su vestido era rojo y hacía juego con su aura amarronado. Soportaba con su mano derecha una olla negra, que al sospechar del hombre del Falcon, era pesadísima.

-¿Qué hay ahí?

-Tallarines- contestó uno de los hombres.

-¿Alcanzará para mí?

En el centro de la mesa había un diminuto ceibo de vidrio. Las partículas lugareñas transmutaban sus pliegues oscuros. Las bocas tragaban sin cautela. Antes de que alguien pudiera hamacar el silencio, el peludo comentó un gol que había visto en televisión.

El hombre del Falcon se preguntaba si él no comprendía o si a él no lo comprendían. Hizo esta reflexión en voz alta, en el único sitio donde podía hacerla. Agradeció la comida y luego, peldaño a peldaño, se fue transformando en un ciudadano. Tomó conciencia de sí mismo ante el cielo semirrosado, cápsula de intranquilizantes. Pasó por la señorita choza parpadeando sensaciones lejanas. Su tez blanca se incorporó al auto rojo. La velocidad le hacía sentir que las ruedas eran monedas. Las mujeres de lucha descolgaban su ropa; el pozo iba quedando atrás.

Por fin, frente a su casa, se detuvo. Bajó para penetrar, abriendo y cerrando puertas, dejando atrás.

-¿No me traería una taza de té?

Se sentó a mirar el cuadro cuando recién empezaba a entender que no hay colmillos perennes.

LA VACA TUERTA

Aquella tarde en la Boyada, mientras arreábamos el ganado, todos me gritaban. Yo estaba distraído, en otra cosa: estaba inventando un cuento.

Ese cuento dice –dijo- más o menos así:

“Era una tarde calurosa, llena de vida. Las vacas iban y venían entre sus terneros, don Augusto y los perros que les mordían sin piedad. Igual que ayer, igual que hoy, el regreso de las praderas iba incluido en el día como el almuerzo o la cena.

|-Arre…, arreee.

-Vacá… Vacáa… ihihihihi.- Los potentísimos gritos se perdían en el vacío del campo para ocupar su lugar en el tiempo como una figura inerte y repetida.

|Las respuestas, menos contundentes, eran sin embargo bastante más francas, bastante más de ese segundo:

-Muhuhu, muhuhu…

Y el camino pasó casi inadvertido. Ya estaban otra vez encerradas…

Los hombres tenemos caras distintas, y voces que nos caracterizan; las vacas son todas iguales. Unas más negras, otras más blancas, otras marrones.

Sin embargo, ellos las diferenciaban: mal que bien todos habían invertido algunos pesos en ellas. Todos excepto don Augusto. Mas, él no solo las diferenciaba sino las individualizaba. Llevaba en la mente con sus pocas

palabras a medio pronunciar, la biografía de cada una. De haber sabido él escribir –y las vacas leer- se habría llenado de oro. Esas biografías, que empezaban juntas, que terminaban casi siempre de la misma manera, definían sin embargo las personalidades más diversas. ¿Cómo iba la pobre Juana a crear problemas con lo miedosa que era? En cambio la Tuerta… pá ¡había que aguantarle las mañas a la Tuerta! Augusto la había apodado la Reina de las Vacas. Él ya lo había adelantado cuando nació con un ojo menos:

-Es una señal. Ésta no va a ser una vaca cualquiera.

Dios le había dado la razón. Con sus escapadas imprevisibles, sus mugidos densos, su media mirada que lo cuestionaba todo, la Tuerta había librado de rutina a aquel trabajo. Augusto se divertía, por eso llegó, íntimamente a preferirla. Pero sabía que el inevitable día también llegaría. Muchas veces, durante varios años, él se lo había imaginado, aunque como algo remoto: algo que iba a ocurrir tarde o temprano, nunca ya, entonces simplemente nunca.

Y el tiempo seguía y la Reina de las Vacas era cada vez más popular, y las sublevaciones cada vez más festejadas primero y acompañadas después.

Cuando el Tuertito nació tuerto, Augusto supo que también él sería un rey. Fue creciendo de a poco, junto a su madre y así formaron una verdadera familia real.

Pero nunca se acercaba. El patrón se lo había dicho a Augusto, como otra orden entre tantas.

-Esa vaca vieja es demasiado difícil. El ternero ya está grande así que la semana que viene… -y se llevó la mano al cuello.

Y nunca era hoy, nunca era un día de sol, y aquella tarde la carnearon. La carnearon no; Augusto la carneó.

Al día siguiente amaneció nublado. Cuando Augusto fue donde las vacas, millones de ojos…, de ojos…, de ojos… lo acusaban. Encabezados por un ternero, un ojo…, un ojo…, un ojo…”

-¡Controlá las vacas tarado, que se te escapan!

Ahora que termino de escribir, afloran los muhuhu, muhuhu, muhuhu y cada vez más cercanos muhuhu y grandes ojos brotan de las paredes blancas de este apartamento, en pleno Centro montevideano.

LA COPIA FELIZ DEL EDÉN

"Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan también,
Y tu campo de flores bordado,
Es la copia feliz del Edén".

Hacía ya dos horas que cabalgaba. Era una muchacha rubia y esbelta. Sus ojos verdes brillaban como el agua del Pacífico durante un mediodía soleado; su pelo largo y lacio estaba recogido. El cielo celeste dominaba la tarde –en aquella región de Chile jamás llueve en verano-. El caballo blanco había galopado de un extremo al otro las cuatrocientas hectáreas del fundo. No es un campo grande pero sí heterogéneo. Casi todo tipo de paisajes caben en él. "Es realmente la copia feliz del Edén", le había dicho el padre a la niña aquel día, mientras ensillaban. La joven había vivido diecinueve años y montaba desde los tres. Conocía esas tierras palmo a palmo: las plantaciones, los bosques, las cuevas, las grutas, la laguna, el arroyo y sus montes. Amaba a la naturaleza y por eso, a sí.

Regresaba a la casa, bastante atrasada. Había cruzado los pinares, la remolacha y el vacío amarillo donde se acababa de cosechar el trigo, para internarse en el camino que llevaba a la vivienda, bordeando el monte. Abajo, se veía correr el agua verde. Tomó el rebenque y golpeó fuerte al animal. Cuando llegó a la Curva de los Asnos, la velocidad era vertiginosa. El cuadrúpedo viró. Si hubiera

ido más despacio, tal vez habría tenido tiempo de saltar para esquivar el tronco de un alerce que se había atravesado en la mismísima vuelta. Las patas delanteras trastabillaron: caballo y mujer rodaron entre la maleza hacia el arroyo. Ella lo primero que sintió tras el impacto contra el suelo fueron las espinas de una zarzamora. Incontables pinchazos agudos hicieron todo su cuerpo. Enseguida su cabeza se estrelló en la base de un eucalipto. Tragó barro, coquitos, enredaderas y helechos antes de contactar con el regajo. De repente el dolor había desaparecido.

Dudo que exista en el Universo algo así de puro como aquel líquido. Parecía la esencia de la transparencia. Si le hubiera tocado bautizarlo, ella lo habría llamado arroyo Sincero. No pudo evitar saborearlo: identificó la sazón de la miel. La temperatura en aquel riachuelo era tan agradable que ni se percibía. No sabe cómo ni por qué se sorprendió completamente desnuda; el cabello suelto le acariciaba la espalda. La calma más absoluta brotaba de su alma. El canto de las aves la deleitó. Comenzó a nadar con la corriente suave, admirando la exuberancia que la encauzaba. Reparó en los coligües enfilados en la parte inferior del monte. Había algún bambú entremezclado. Luego un cardo con flores violetas atrapó su atención: es muy extraño verlos tan cerca del agua. Seguía avanzando de a poco. A lo lejos, un punto negro manchaba aquel jugo. Se respiraba el mejor olor: ninguno. Continuó braceando tranquila. A medida que se acercaba, el punto crecía… Y fue adquiriendo forma hasta transformarse en hombre. También él estaba desnudo, pero lucía en su cabeza una hermosa corona compuesta por cinco copihues rojos. No aparentaba ninguna edad y todas al mismo tiempo:

-Bienvenida al Paraíso.

Y CAROLINA

Carolina se sacudió el pelo, que no llegaba a los senos amanecientes en su solera y su brazo. Llevaba sutién, pero era tan transparente que agrandaba la osadía. (En aquel entonces eran pocas las chicas que vestían así). Bailaba cerca de nosotros –el insecto y yo-, con los labios grandes y pintados que comunicaban versículos de la rutina de su corazón. Estaba seduciéndome, y en aquel entonces la seducción me encantaba. El tiempo ha descascarado tanto estos recuerdos, que creo estar hablando de otro, y escribo en primera persona solo para desconcertar al lector. En el insecto, que se inquietaba, que se aquietaba, que estaba y no, en aquel entonces, inmaduramente, yo creí ver huellas de su alma. Aún no había topado con contradicciones tan grandes, que desmitifican la importancia de no dar importancia a si está o no el alma: el alma está, aunque retorcida o añeja. Cuando empezaron las lentas, Carolina me tomó del cuello, me lo acarició un poquito, me dejó poner las manos en sus caderas, pero no quiso que yo me apoyara sobre ella, y mi impaciencia de quinceañero confundido no estaba pronta aún para ducharla de amor. Le conté que de niño había ido a Alemania, le hablé de los campos de concentración. No me acuerdo cómo había venido todo eso a la conversación, ni recuerdo por qué el insecto era tan importante en mi elaboración vivencial de un cuento sobre ella. Ya lo escribí, años atrás, y lo perdí; pero no olvido que los estados de ánimo de Carolina se reflejaban en los gestos de una mariposa. Recuerdo que

al final la mariposa se escapaba de un frasco herméticamente cerrado. Quiero escapar a ese final, por eso hablo de un insecto, si quieren un animalito, pero, por favor, no imaginen una mariposa.

-¿Qué te parece si nos sentamos, así me hablás de los campos de concentración?

Ella quería estar conmigo más a solas. Y yo estaba tan solo, que yacía a leguas de mi soledad. (En aquella época me encantaba el verbo yacer). Me senté; había luz artificial y estrellas cerca. Mi facundia fue expresiva, y no corrijan la redundancia… que no es suficiente abundar en palabras para decir, no es necesario abundar en palabras para decir.

La gente, alrededor nuestro, constituía el baile, al que nos habíamos acostumbrado a ir sin formar parte de él, tanto ella como yo. Al principio, cuando recién me le había acercado, ella era para mí una más en el baile. En aquel entonces yo buscaba un velero que me llevase a la autenticidad… Y la autenticidad es una actitud, no un lugar.

Estaba sentado con ella, retardando las palabras a fin de tomar su mano, e intentar –acariciándosela- medir su interés por mí.

-La tercera fue el día de mi cumpleaños de quince. Me había sacado ya ochenta fotos; no podía más. Papá insistía en que yo pusiera una sonrisa de hielo. Estaba afiebrada. Fue con una tijera: intenté cortarme las venas, pero no tenía filo. Me salvé de milagro.

Esto me lo contó semanas después, escribiría yo, y el cuento conservaría cierta coherencia. No fue así; me lo contó esa noche, confundiendo mi mirada sobria con madurez. En ese instante, el insecto puso cara de indi-

ferencia bailarina. Sucede que pretendía sugerir un paralelismo insecto-alma de Carolina. En aquel entonces, tenía sentido intentar preservar literariamente el alma de las trivialidades de los cuerpo; hoy, sólo intento –y a veces fracaso- que mi alma esté en todo cuanto haga mi cuerpo, pero que aparezca con una potencia tal, que no se negocie. Después se desarman estas reflexiones, y se vuelven a armar, como las lágrimas que van chocando contra una pileta, o que se funden en la tierra, o que…

Carolina estaba apoyando, por iniciativa propia, su mano en mi pierna. Vivo esa sensación tan distante, tan lejana de mi poesía visceral, que escribiría el cuento en tercera persona. Es que, sinceramente, estoy hablando de otro. De otro tan periférico como yo. ¿Y si me transformara en él? Pasaría a contar en primera persona algo que ya sé que ocurrió a otro.

-¡Pero cómo vas a hacer una cosa así! Una persona tan hermosa… Y mirá que no lo digo por lo físico…

Seguí elogiándola, todo lo que pude, en todos los planos. El pánico a que ella se suicidase no me afectaba tanto como el deseo. Y escribir eso taladra. Pero ella no necesitaba que la elogiaran; necesitaba un abrazo y mudez, tal mudez en el entorno, que las palabras requeridas volvieran a sonar. Y no como el eco del crujido de un hueso en un ataúd.

-Vamo arriba- le habría dicho yo hoy, abrazándola.

En aquel entonces mis gestos eran tan nerviosos, que mis palabras se iban como litros de infrarrojo. En aquella época yo buscaba escribir una crónica de dolores incontables, y aún no los había vivido. El insecto volaba, sus patas velludas se alargaban, los ojos de Carolina se achinaban.

Volví a mirar su escote, me dijo que la canción que estaban pasando le encantaba…

-¿Por qué no volvemos a bailar?

Fuimos, nos abrazamos… El cuento terminaba conmigo cazando, con un insecto que se escapaba del frasco –eso a lo escribí-. Una vez inventé que el insecto tejía la siguiente prosa poética para Carolina:

“Carolina, santa de alucinación astral, se ha quedado perpleja en un diablo cuya boca ya no soy. Carolina flotando en las arrugas de las hojas que rompo. Carolina imbrotable de su olvido imborrable. Es una errata en mi sintaxis, y una obsesión en mi pavura. En el miedo es orgía de versos. Y en la cabeza, y en el romanticismo, y en la natación escondida de sus brazos mentirosos. Es fácil no nombrar los errores del silencio. Dulce de leche salándose en el alma. La tranquilidad no viene, y su ausencia te acusa. Mármol irreversible, quiero la vitalidad roja de ser huésped de tu llanto, para no verte perpleja, robusta y silenciosa rabia”.

Este texto ha sido rescatado por voluntad del sol, pero no me obliguen a esfumarlo, recortando palabra a palabra hasta que no quede nada verídico de los recuerdos que él aporta –a pesar de su solemnidad, de la cual otro yo tiene la culpa- de mi relación con Carolina. Perdónenme, asimismo, que no utilice el pronombre “ella”; sucede que el término Carolina está directamente vinculado con una mitología de la felicidad que aspiro a cumplir el día que haya escrito la última y archiquebradiza palabra. La veo bailando hastiada, colgándose de mis debilidades y huidas, Carolina, yo también estaba hastiado…

Y sin embargo.

A CORRER POR LA CALLE

Salí silbando a decorar el barrio con mi presencia arrogante. El frío era una pregunta metafísica que pendía de los deshojados árboles. Mis pasos hacían eco a una voz lejana y omnipotente. El deísmo centelleaba en las veredas grises devolviendo las lumbres de las lámparas. Tenía ganas de robar, de ir preso, de ser torturado. Detestaba la alevosía falluta de los párrafos pájaros que hasta entonces había escrito. Apenas podía controlar el deseo de plagiar al sol en su dominio. Cada casa era una isla, y yo un náufrago. Cada planta era una selva regada por mis voluptuosos escupitajos. En el piso se divisaba un rulemán partido: una ilusión que está, que sigue estando como anclando el tiempo. Pensé –si es que alguna vez he pensado- en un ataúd blanco aprisionando un manicomio. Sabía que las ciudades enmudecían, que aquella mezcla de ajetreos no era sino una milenaria quietud. Necesitaba la mendicidad como un arte de seducción, como la sensualidad de lo oscuro. Sospechaba que ni el cementerio, archivo de volcanes autodidactas, podría acurrucarse mis fétidos pies. En los ómnibus, la gente como líneas paralelas. En los hospitales, las enfermeras y sus túnicas albas. Mi andar peregrino se asemejaba a una lotería. Oía el susurro de la noche, tic-tac siniestro y melancólico. Montevideo nacía y moría durante mi ignorancia épica. Los quienes avanzaban como hormigas acarreando pedacitos de verde. Creo que entonces empecé a sentir que ella me miraba y fui esclavo de sus ojos una hora o tres. Las distancias no son solo metros: podía palpar su mano pero mi boca y la suya deambulaban

por universos diferentes. Desde los puntos cardinales un jugo rojo me era cedido. Olía a sangre, y se saboreaba como poción constructiva. Parecía un abolengo interminable, una curiosidad sonriente. Comencé a correr, a correr por la calle, a apoyar mi rabia sobre la Rabia Madre.

EN UN HOTEL DE ROSARIO

En Rosario, en un hotel de 3 estrellas, recuerdo la geografía de la noche de ayer, por el bajo, en Buenos Aires, enredado en operados senos de mujer, midiendo mi eterna soledad que es mi latitud mental orientada pictóricamente hacia la poesía. El mar, loco de sí mismo, se insinuaba en aquella hembra cansina, "aquella" digo, porque ayer de noche ya es un recuerdo lejano. No sé por qué me baleó. Creo que era parte de su juego de placer. Lo cierto es que descargó sobre mí seis balas. Yo morí instantáneamente, pero resucité para huir de la policía. Caminé tranquilo hasta el hotel, hice la valija y partí hacia Retiro, donde subí a un ómnibus hasta Rosario. Ahora ella está muerta, me están arrestando, y yo le juro a la policía, en la comisaría, donde me están apaleando, que ella me baleó, pero las cosas no son fáciles, nunca es fácil ser un criminal en un hotel de Rosario, donde imagino que ella me mató, que yo la maté, que me están apaleando, y que soy un cuentista, cuando en realidad me amputaron la lapicera los secuaces de la luna, mientras el ómnibus me traía de Buenos Aires a Rosario, donde recuerdo cómo me baleo ella anoche, para calmar mi soledad.

INSTANTE DE VAIVÉN LENTO

Un muchacho camina en las maderas de una habitación la inmensidad de su sueño.

Las cosas, por ejemplo las luces, vacilan en los pelos colgantes.

La decoración del alma del muchacho es un ventilador sin pila, sin enchufe, como el mundo a las tres de la mañana.

Un pergamino cae. La fe cuelga, espíritu abierto a un estrellado mar indormible. Sin embargo, cansa.

El musgo perdido vuelve a brotar de los versos. Versos que elevan, versos que matan.

Abrir una palabra, como una flor, y penetrarla hasta un lugar nuevo.

DESTINO TAIWÁN

“Con el <Tiliches> sí era posible entenderse, pese a estar sordo y mudo, pero tan solo porque los dos hablaban el lenguaje de nadie”.

José Revueltas

Igual que su cielo, mi ciudad era gris. Aquellos armatostes de metal esperaban hacía un buen rato. La venta había sido acordada seis días antes, en la ONU. Escondida bajo tres sacos de lana opaca y una pollera que ahora no recuerdo, una anciana lloriqueaba. Sus lágrimas se perdían en su pañuelo como pronto aquellos dos monumentos se perderían en el horizonte.

Algún paraguas se abrió, la llovizna comenzaba. Seis marineros chinos aguardaban parados, quietos, callados. Seis policías uruguayos aguardaban parados, quietos, callados.

El puerto de Montevideo revivía para sí sus recuerdos. Hoy, inevitablemente, dos huesos más se le escaparían. Todo parecía girar hacia un fatalismo crónico, interminable. El puerto y la anciana se comprendieron. Odiaron juntos a la inmensa máquina que sustituía a los herrumbrosos barcos, preguntándose si no habrían usado para construirla los viejos 121 que dos años antes habían visto partir hechos chatarra.

Al fin, muy mal aseados, llegaron los monumentos. El Dante y Gandhi, bronce… Los subieron enseguida, zarpó el armatoste, en dos horas estarían en Taiwán.

Ahora, prisioneros del hierro, ambos bronces conversaban. ¡Qué no habría dado por escuchar qué hablaron! Por haber estado ahí, mirando cómo se contemplaban dos contemporáneos de épocas distintas. Por comparar la imagen rígida más enamoradiza del Dante con la tranquilizadora y liberal efigie de Gandhi. ¿Cómo saber si dialogaron las estatuas o los hombres? ¿Cómo saber si un monumento es o no quien representa?

Mientras, la máquina cortaba el Océano. Una hora de viaje había transcurrido. Afuera, del agua marrón saltaban tsunamis beiges. Adentro, el vértigo ni se sentía. Sentados frente a su tablero los seis chinos ni abrían la boca. Ni la abrieron al arribar, un viaje más había terminado. Pero éste no había sido un viaje más…

Si hubo o no hubo calor, no lo sé. Si lo hubo, ¿de dónde vino? menos. El hecho es que cuando abrieron la cápsula encontraron, en lugar de dos monumentos, un líquido broncíneo desparramado en el suelo. Su paradero actual, lo ignoro totalmente. Si un día, en algún rincón del Universo, choco con un italiano descalzo, de túnica blanca o…

LAS COLAS

"…por qué esa carrera en la noche entre autos desconocidos donde nadie sabía nada de los otros, donde el mundo miraba fijamente hacia adelante, exclusivamente hacia adelante".

Julio Cortázar

Las colas larguísimas avanzaban rápido, perfectamente sincronizadas. Medían siempre lo mismo: ochenta y siete personas, hombres y mujeres. Todos con el mismo pelo corto, con físicos perfectos de igual estatura y corpulencia, con idénticas ropas limpias e innecesarias, con caras casi calcadas y hasta a veces repetidas. Sus bocas se mantenían cerradas, tan inmóviles como sus ojos que se limitaban a ver sin mirar la nuca de su predecesor. Las mentes ensimismadas apenas si existían en aquella recta derecha que los angostos pasillos de hierro describían. Entraba uno adelante, llegaba uno atrás y todos avanzaban un lugar, era automático. El silencio no se oía. La luz artificial sobraba; yo pienso que si la hubieran apagado el funcionamiento habría seguido, siguiendo… Constantemente, a toda hora, a cada instante. Si se impacientaban o no por llegar a la línea verde e ingresar en su mini sala, nunca lo sabré. Lo cierto es que el orden jamás variaba y el paisaje era durante un segundo, la copia más fiel de cualquier segundo anterior.

Ahí adentro, por cada humano que pasaba, ciertas piezas se activaban para arrojar el conjunto de números que determinaban un sueño. Ese sueño elegido por un

azar al que sería demasiado generoso llamar suerte; ese sueño que ellos consumían sin protagonizar de veras; un sueño que no duraba ni un minuto, en rarísimas ocasiones dos.

Unos cien metros más allá, bajo la superficie, montones de viejas camas esperaban. (Una cama es un artefacto de madera que antiguamente usaban los hombres para reposarse y soñar).

Algunas de madera, esperaban, repito, para alimentar el fuego con el cual otras de metal serían fundidas por máquinas, para dar así a luz nuevas máquinas de diversas razas.

HEMINGWAY Y YAMENÉ

Yo había escrito un cuento que vinculaba la bala que mató a un hincha de Basáñez con la del escopetazo con que se suicidó Hemingway. Y es que hoy no añoro más mar que mis adentros, que a ratos se me alejan ya que desconfío de mis sentimientos. Estoy en un balde inmenso, esperando la llovizna que me transforme con un gotear acariciable. Yamené ha preparado un delicioso café y todas las balas que han matado a alguien lloran de culpa. ¿Cómo describir a Yamené? Tal vez, como una diosa feúcha pero muy poderosa y muy honda y muy benevolente. Tal vez como la dolida paz entre Uruguay y Paraguay. También como alguien capaz de desafiar sin inmutarse a la mismísima emperatriz del universo. El cuidacoches la encuentra demasiado fea para mí, mientras yo la encuentro cada vez más hermosa. Es alguien que entiende mi corazón. Una tarotista la criticó, diciendo que ella era muy materialista… Pero cómo no ser materialista cuando el puchero tambaleó. Yo la encuentro un hada indígena, sin alas, pero con una flecha que apunta a mi corazón. Y siento ganas de que la flecha se me clave bien adentro, como una vacuna.

Índice

Impreso en los talleres gráficos de Tradinco S.A. - Minas 1377 - Tel. 2409 44 63. -
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel) - Montevideo - Uruguay -

2019. Depósito Legal Nº 371.704/19
www.tradinco.com.uy